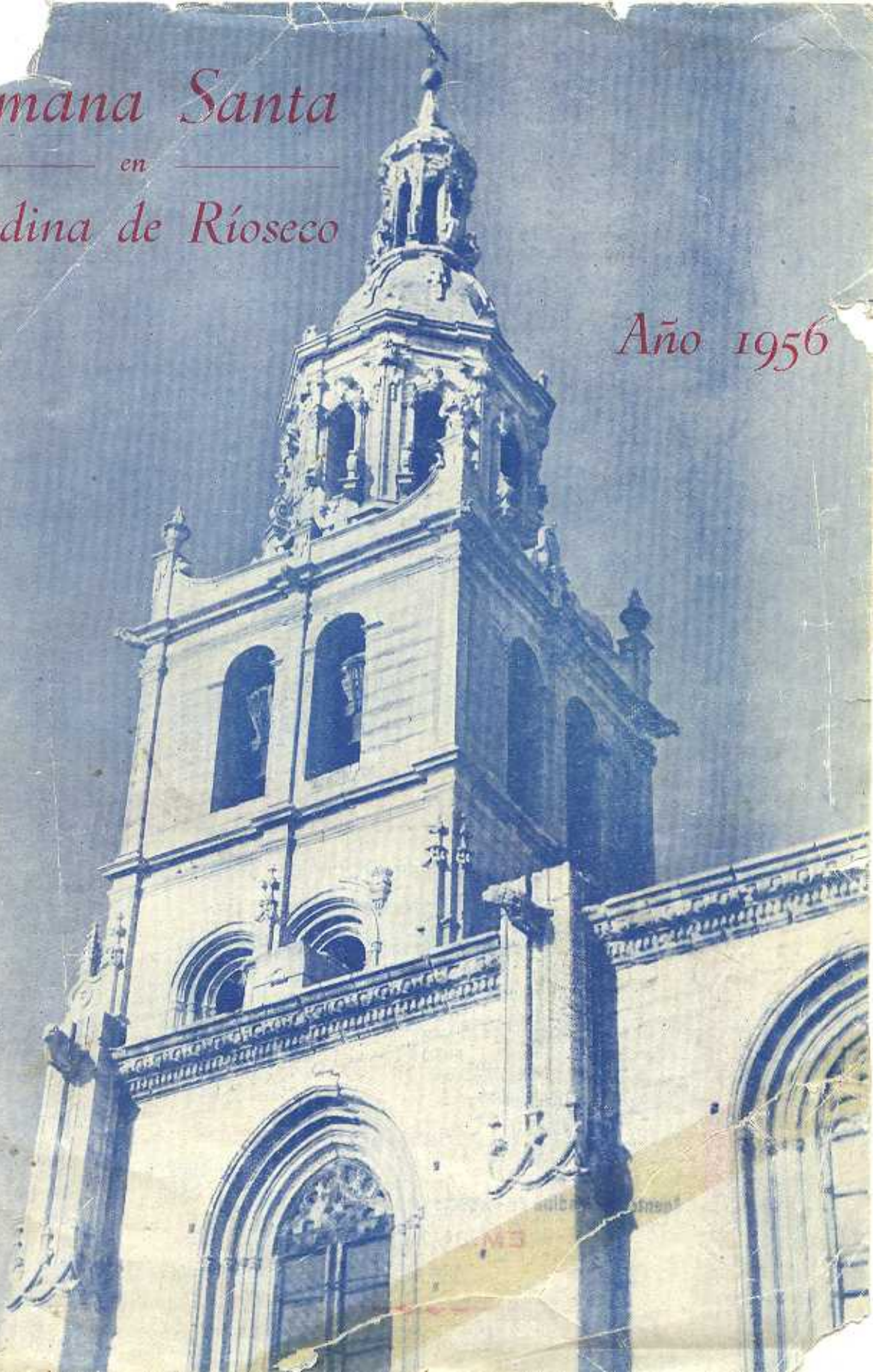


Semana Santa
en
Medina de Río seco

Año 1956





La Unión y El Fénix Español

COMPAÑIA ESPAÑOLA DE SEGUROS

FUNDADA EN 1864

Seguros de todas clases

Capital social y reservas	Ptas. 770.162.013
Primas cobradas en 1954.	Ptas. 527.233.741



Subdirector en Valladolid:

JOSE MOSQUERA

General Mola, 1 - Teléf. 1919

Agente en Medina de Ríoseco:

EMILIO DEL CASTILLO

Lázaro Alonso, 35 - Teléf. 5

SEMANA SANTA

EN

MEDINA DE RIOSECO

Año 1956

*GUIA oficial editada por el
Excelentísimo Ayuntamiento
de la Ciudad.*

SUMARIO

DIRECCION:

Esteban García Chico.

COLABORACION:

LITERARIA:

Rafael Herrero Sánchez.

Ventura García Escobar.

Benito Valencia Castañeda.

Miguel de Unamuno.

Francisco Antón.

Justo González Garrido.

Marcelo González.

Pedro Herrero del Collado.

Pedro García de Hoyos.

Carolina Valencia.

Jesús Pizarro Rodríguez.

Esther López Valencia.

Esteban García Chico.

Francisco Casas Ruiz del Arbol.

Ricardo Ruiz Rabre.

Dámaso Díez Rumayor.

Cándido Costilla Chico.

Programa oficial.

FOTOGRAFICA:

Garay y Alcalde.

TIPOGRAFICA:

Casa Martín.



Calle de Lázaro Alonso con el nuevo pavimento y alcantarillado.

En otros lugares de esta misma publicación plumas de riosecanos ilustres e insignes escritores encariñados con nuestra ciudad hablan, con estilo impecable y ameno, de las excelencias arquitectónicas, de las innumerables joyas artísticas, y de la palpitante poesía e historia, que encierran los monumentos y parajes de nuestra exigua geografía; a todos ellos nuestras gracias más expresivas.

Es preocupación de cuantos están ligados a Rioseco, que nuestros desfiles procesionales vayan adquiriendo en orden y solemnidad más perfección cada año, en éste que se aproxima cada riosecano debemos de poner cuanto nos sea dado, para que ya con parte de su escenario remozado, nuestras procesiones sean la admiración de cuantos las presencien. Esto sería bastante justificación para la publicación de esta Guía-revista, editada únicamente como propaganda de todo cuanto se relacione con nuestra historia y actualidad.

Rafael Herrero

Alcalde de la Ciudad

El Templo de San Miguel de Mediavilla

por Ventura García Escobar



El templo de San Miguel Arcángel, que damos en el dibujo, fué uno de los monumentos alzados en el período Bizantino, y de los pocos que han sobrevivido a la saña del tiempo y a la ignorancia y avaricia de los hombres (1). No son por cierto la magnificencia material, ni la belleza artística su patente de mérito. Lo son, en contrario, su rudeza primitiva, su masa tostada por el sol de los siglos, y carcomida por el peso de los tiempos su adusto talante, en fin, que atestigua su fecha. Porque su fecha es su celebridad.

No existe memoria de su fundación ni aun tradicionalmente. Pero conjeturando por los acontecimientos y datos históricos del arte, su origen debe remontarse cuando menos al siglo XI. Y nuestra opinión personal es que fué obra del IX en los primeros tiempos de la reconquista.

Explicaremos la razón. Del período de la monarquía goda no debe ser, porque no existen sino muy contados monumentos de aquella época. Derrocada la sucesión de Ataulfo en 714, y habiendo sido reconquistada la Tierra de Campos en el reinado de Don Alfonso el Católico de León, esta villa entonces fué erigida en punto principal de la línea de defensa, y considerada en mucho por su importancia. Ahora bien, hecha la restauración, nada más natural que erigir su población tan estimada, un templo cristiano para el servicio de su vecindario y para el

(1) No había transcurrido diez años que el ilustre poeta riosecano publicaba en el «Semanario Pintoresco» la bella descripción de tan notable monumento, cuando en 1861 fué demolido hasta sus cimientos por una absurda orden de la autoridad municipal.

culto reconquistado de la militante cruz. Esta obra necesaria, obligada, hubo de ser indudablemente San Miguel. Y tanto más de creer, puesto que no hay monumento de mayor antigüedad, ni memoria de que haya existido. Este juicio se afirma más con la circunstancia de haber sido San Miguel iglesia parroquial de muy antiguo, servida por monjes, antes de la erección de las parroquias hoy existentes, de las cuales la más vieja es del siglo IV. Hasta este tiempo, pues, desde el principio de la guerra con los mahometanos, San Miguel fué el único templo parroquial de la villa. Pues con la turbación del tiempo y los apuros de los vasallos, mal pudo pensar en la construcción de otras,



San Miguel de Mediavilla.—Dibujo del autor.

máxime no habiendo tenido grande incremento su vecindario.

Cualquiera que pueda ser la diferencia, ello es que San Miguel, templo *bizantino*, constituye una antigüedad importante, un monumento arqueológico digno de consideración. Poco nos detendremos en su descripción material, así porque no ofrece grandezas artísticas, cuanto porque con una ojeada sobre la vista adjunta tendrá el curioso las noticias que puede apetecer. De modo que solamente por explanación diremos algunas palabras sobre el particular.

La planta del edificio es un rectángulo imperfecto, que termina en una curva semiesférica por la parte superior, con pe-

queñas, aunque no mal entendidas proporciones. El templo interiormente carece de todo adorno; es sencillo hasta la pobreza, y su aspecto rudo y nebuloso refleja bien el espíritu de su época, y lleva la imaginación a lejanas aventuras. Unos agrestes pilares encajonados en los muros sostienen la informe cornisa, de donde arranca el modesto artesonado de madera en su color, que cubre la nave. En lo exterior, ya lo véis. Toscas pilastras, columnas de bastarda proporción, recios y prominentes modillones, en cuyas facetas un grosero cincel esculpió monstruos desconocidos y símbolos y jeroglíficos de fabulosa inteligencia; mezquinas y no simétricas ventanas, más propias de una fortaleza que del templo de Cristo, y en cuyo corte no se vislumbra siquiera la innovación germánica; una torre sin arte, ni osadía; y por fin una portada constituida por el arco hemicírculo, disminuido concéntricamente por todo el espesor del muro, y cargado sobre dos órdenes de pilares característicos, extendiéndose sobre ella un humilde pórtico de vulgar y antiquísima traza. Añadid a esto otra portada semejante, pero inutilizada, en el muro inferior y tendréis todos los detalles que componen el *bizantino* monumento.

Pero no. Os falta ver ese color amarillento e indefinible, que imprime el aliento de los siglos; el aspecto solemne y monumental que presentan las obras en su sagrada ancianidad, el vapor de misterio e idealidad, el prestigio vago y romanesco que circunda a esos vestigios de lo pasado, a esos recuerdos solitarios y elocuentes de las generaciones que ya no son, a esas páginas simbólicas que encierran en el polvo de su olvido muchos de los dolorosos pasos de la humanidad en su secular y tempestuoso camino. Nada de esto véis con los ojos del alma, con el lente de la inspiración, y no podéis comprender, ni hallar, ni ver lo que dice y significa ese testigo centenario y mudo, cuya modesta cruz prevalece sobre las arrogantes fortunas de los siglos. ¡Oh!..., ¡Venid!, venid los que anheláis saber en los misterios del entusiasmo cuánta poesía encierran esos caducos sillares, contemplados en la penumbra del crepúsculo, cuando el viento azota el musgo ceniciento de sus grietas, y flota su mole denegrida cual inmenso fantasma entre las nieblas de la noche y la perezosa campana exhala un gemido melancólico y fugitivo, que se evapora a los cielos como las postreras esperanzas de nuestro fatigado corazón!

«Semanario Pintoresco». Madrid. Año 1851.

Viaje regio

por Benito Valencia Castañeda
Cronista de esta ciudad



ASADOS los sustos del bienio, y constituida una situación política que llegó a ser la más duradera en el reinado de Doña Isabel II, antojóseles a los reyes hacer un viaje a Asturias y como los medios de locomoción no eran, ni mucho menos, los hoy usados, viéronse en la necesidad de utilizar los carruajes de la real casa, con lo cual si el viaje no resultaba cómodo, en cambio sería pintoresco y daría ocasión a SS. MM. de saborear, si de ello se dignaban, las aclamaciones de los pueblos, unánimes o poco menos entonces, en rendir homenaje y acatamiento a los reyes, de quienes se reconocían casi vasallos todavía, de cuyo entusiasmo y contento por las mercedes que con la regia visita recibieron, se dió larga cuenta en la descripción que del viaje hizo un cronista que a los ilustres viajeros acompañara para recoger puntualmente toda incidencia y todo pormenor que fueran merecedores de pasar a la posteridad.

Por su parte, la ciudad de Medina de Rioseco, una de las señaladas como punto de tránsito, quiso también conservar por modo perdurable el recuerdo del honor recibido, y después de dedicar su Ayuntamiento varias sesiones en planear los obsequios dedicados a sus reyes, una vez pasado celebró otra para hacer cumplida relación de lo sucedido y para que en todo tiempo constara cómo los mote de Muy Leal y Muy Noble que en el escudo de la ciudad campean o se ostentan, si fueron merecidos cuando se concedieron, no habían dejado de serlo a través de los casi cinco siglos transcurridos desde entonces.

El veintisiete de julio de mil ochocientos cincuenta y ocho se celebró con ese objeto una sesión extraordinaria presidida

por el gobernador de la provincia, con asistencia del alcalde Don Antonio Martínez, el diputado provincial Don Sebastián Salcedo, el que lo era por Villalón Don Toribio Valbuena, los tenientes Don Juan Fernández y Don Higinio Merino, y varios regidores. El gobernador expuso que la venida de SS. MM. y Altezas (que lo eran el más adelante rey Don Alfonso XII y la infanta Isabel, que aún vive), y el recibimiento que se les hizo eran dignos por muchos conceptos de consignarse con la solemnidad que les corresponde, para que el recuerdo de la una y del otro sea un título de gloria para esta ciudad y un ejemplo que imitar por sus habitantes, por lo que proponía se hiciera en esta acta especial mención de todo lo ocurrido. Para ello empiezan copiando el programa elaborado en su día, y cuyos números fueron: «Alegres fuegos artificiales y un repique general de campanas anunciarán la llegada de SS. MM. El Ayuntamiento con mazas, tendrá el honor de recibir a SS. MM. en una elegante tienda de campaña a la puerta del convento de Santa Clara, y el alcalde, previa la venia, dirigirá la palabra a SS. MM. a nombre de la ciudad rogando admitan su expresión franca y leal de respeto y homenaje. Cuando SS. MM. salgan de la tienda ocuparán la carretela que al efecto estará dispuesta, siguiendo en la suya el Ayuntamiento. Abrirá la marcha un piquete de la Guardia Civil. La entrada se hará por el arco del puente y el construido y dedicado a SS. MM. y Altezas. Recorrerán la calle de San Francisco, plaza, calles de Pañeros y Rúa, yendo a Santa María donde SS. MM. y AA. serán recibidos por el Obispo con su respetable cabildo. Después irán a casa de Don José Serrano. Se presentarán varias danzas, y en el primer arco y en el que les dedica esta ciudad, habrá un grupo de niñas vestidas con gusto que ofrecerán a SS. MM. flores. A la entrada de la plaza saldrá un grupo de gigantes. Todas las calles estarán iluminadas y las casas con colgaduras.» Tal era el programa.

El día 26, a las 6 y 55 minutos de la mañana, salieron Sus Majestades de Valladolid, según despacho telegráfico que recibió el gobernador, el cual con el Ayuntamiento fué a notificarlo al Presidente del Consejo de Ministros y ministro de Estado por si querían recibir a los augustos viajeros. Cuando se acercaba la hora el gobernador, diputados y Ayuntamiento, fueron a la tienda donde llegaron también varios sacerdotes por comisión del cabildo. Por lo avanzado de la hora y la oscuridad el Alcalde dispuso que los dependientes del Ayuntamiento iluminaran con hachas de cera la entrada de la estancia, a lo que la multitud

agrupada allí y en el tránsito desde la carretera hasta cerca de la Plaza Mayor, correspondió encendiendo candelas privadas que iluminaron completa y sucesivamente la carrera. A las 9 y 35 minutos de la noche anunciaron la llegada que se efectuó a poco tiempo. Felicitaron a SS. MM., el gobernador y el Alcalde, y éste les ofreció la carretela, y SS. MM. contestaron que por lo avanzado de la hora ni podían, con sentimiento suyo, descansar en la tienda, ni admitir el carruaje, que al día siguiente ocuparían para visitar las parroquias y calmar la ansiedad del pueblo. Siguió la comitiva regia entrando por el arco de San Francisco y entre la multitud que la vitoreaba. A la conclusión de esta pla-



Medina de Rioseco desde el Alto de Buenavista.

zuela y entrada a la calle del mismo nombre, el Ayuntamiento había dispuesto un arco triunfal de orden romano, preciosamente iluminado y con galerías interiores en las que colocadas diez niñas vestidas de jardineras ofrecieron ramilletes de flores. En la plaza Mayor se presentaron los gigantes, y en Santa Cruz jardineras con arcos florales y música de dulzainas y tamboriles, y en los pretilles la orquesta de aficionados tocó la Marcha Real. A la puerta de la casa de Don José Serrano, donde habían de hospedarse SS. MM., esperaban el Presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Estado, el patriarca de las Indias, Arzobispo de

Cuba, el Obispo y el lectoral de Palencia, el Juez de Primera Instancia, los de partido Don Santos Sánchez, Don Ignacio Valencia y Don Laureano Girón, funcionarios, procuradores, juntas de Beneficencia, Sanidad e Instrucción, cabildarios, escribanos y el promotor fiscal, que vitorearon a SS. MM. y les besaron las manos. SS. MM. y el príncipe salieron al balcón, dando gracias al pueblo que se deshacía en demostraciones de respeto, júbilo y homenaje.

A las doce comieron SS. MM. con los ministros y alta servidumbre, habiendo invitado con la mayor insistencia al gobernador, al alcalde y al dueño de la regia morada que les acompañaron. Frente a la casa, el Ayuntamiento preparó una vistosa plataforma iluminada con infinitud de vasos de colores para la orquesta. Danzas y gigantones no cesaban de proporcionar buena distracción a la concurrencia, quemándose bonitos fuegos, y tocando la música del regimiento de Segorbe.

Las dos de la mañana eran ya, y la concurrencia continuaba en expectativa al pie de la estancia real, viendo muy a pesar suyo llegar el momento de separarse por entonces de sus apreciables Monarcas y Augustos hijos, a quienes dirigían a porfía mil ovaciones.

En la mañana del 27, en carretela seguida del gobernador, Ayuntamiento y diputados, salieron a visitar las suntuosas basílicas de esta ciudad y conventos tomando la calle de San Pedro, Rúa y Santa María, en cuya iglesia estaban el Obispo y el clero, y SS. MM. adoraron la Cruz, siendo vitoreados «con indecible gloria». Entraron en la iglesia bajo palio, y ocuparon elegantes reclinatorios. El obispo dijo la misa rezada y se cantó el *Tedeum*.

Al concluir la fiesta religiosa sobrevino un accidente por el cual quedó el programa cercenado. Por la tormenta y viento que se agitó, SS. MM. suspendieron visitar los demás templos y conventos, aplazándolo hasta su regreso, si bien mostraron deseos de ver el arco triunfal erigido por la ciudad, lo que ejecutaron, y subiendo después por la calle de la Rúa, montaron en la silla de camino y partieron a las tres y media para León.

El regreso se verificó por otra parte, y ya no hubo posibilidad de que el programa se completara. Si diez años después SS. MM. hubieran pasado por aquí, hubieran podido apreciar, como seguramente lo harían en otras partes, que muchos de los que *con gloria indecible* les habían aclamado, con igual o mayor gusto, prorrumpan ahora «¡Abajo los Borbones!».

Medina de Rioseco, abril-mayo de 1923.

Jueves Santo en Rioseco

por Miguel de Unamuno



MEDINA de Rioseco, ciudad castellana, abierta, labradora, en los antiguos campos góticos en tierra llana, asentada y sedimentada, donde aún habrá, siquiera en los arrabales, alguna de esas «glorias» sobre que se baraja el tute en las veladas de invierno. Su calle principal, su rúa, más bien el carrejo de una casa de comunidad —Medina, la casa—, en que se puede conversar, a través del llamado arroyo —allí seco—, de ventana a ventana o de balcón a balcón enfrentados. Y en Medina de Rioseco cuatro grandes y grandiosos templos, como cuatro grandes naves ancladas en la paramera, y el mayor la espléndida iglesia de Santa María con su altiva torre barroca —lo barroco nos dice barrueco o berrueco, y es berroqueño—, que avizora a la ciudad toda, y en esta iglesia la capilla, ya celebrada, de los Benavente. Y en esta capilla, entre otras excelencias, aquella representación de las épocas de la vida de nuestros primeros pobres padres Adán y Eva, a los que, acabada su breve inmortalidad interina, guiales a la huesa la Muerte, mientras les toca la guitarra.

Y allí, en Medina de Rioseco, la procesión del Jueves Santo, este año más significativa. Jueves por eminencia santo, por ser de pasión, con la santidad de ésta y la pasión de la santidad. Iba atardeciendo. Desde la plaza de Santo Domingo, al bajar la procesión, se veía empinada sobre el apiñado caserio la torre de Santa María sobre el cielo agonizante que empezaba a parir estrellas. Y pasaba el paso de la Dolorosa, de Nuestra Señora de los Dolores, de la Soledad —dolorosa soledad y dolor solitario—, de Juan de Juni. Una de esas castizas Dolorosas espa-

ñolas, símbolo acaso de España misma, con el corazón atravesado por siete espadas. ¿Serán acaso nuestros siete ríos mayores? El dolor serenado se cuaja acaso en alguna lágrima diamantina que refleja el resplandor dulce de los cirios. Porque allí pasaba a la luz de luces de cera de abejas, en velas que llevaban procesionalmente manos de mujeres en filas. Las bombillas eléctricas municipales desentonaban con su cruda luz civilizada. Arriba pestañeaban sonriendo tristemente las estrellas. Atravesó a la procesión un camión. En un paso tocaba en silencio el clarín un legionario romano que precede al Nazareno, vestido de morado castellano, con su cruz a cuestas.



D. Miguel de Unamuno con un grupo de amigos en la clásica Rúa de Pañeras, 1922.

Y estos pasos pasaban por la rúa comunal, familiar. Era la misma procesión de antaño. El anciano cree ver la que vió de niño, y el niño, aun sin darse de ello cuenta, espera ver la misma cuando llegue a anciano, si llega... Y no ha pasado más; ni monarquía, ni dictadura, ni revuelta, ni república. Pasan los pasos. Y los llevan los mozos. Los más pesados los iban a llevar el viernes, también santo, los socialistas, los de la Casa del Pueblo. Casa del pueblo es la ciudad toda. ¿Y por qué han de resistirse a la secular tradición, si en nada se opone a la reciente

tradición socialista? Acaso el traidor, el tesorero de los Apóstoles, expusiera las razones económicas que leemos que expuso en el capítulo XII del cuarto Evangelio, el mismo en que se nos cuenta cómo los sacerdotes querían matar a Lázaro resucitado para que no atestiguase. Y luego allí, en Medina, está don Ursinaro, el párroco popular, que dos o tres veces se salió de la presidencia de la procesión para venir a hacernos útiles indicaciones de cicerone.

Cuando íbamos a salir de Medina, entraba en ella un rebaño de ovejas. Y luego entrada ya la noche, mientras dábamos un último vistazo a las lumbreras procesionales desfilando por las callejas, en lo alto del cielo otro paso, el Carro Triunfante —Orión— arrastrado por Sirio y llevando a las Tres Marias. Paso de la eterna procesión —¿también pasional?— celeste, la que señala horas y siglos de siglos.

Y cruzábamos —¡siempre cruz!— el páramo asentado y sedimentado, la dolorosa soledad del páramo hacia Palencia, hacia el Carrión de Alonso de Berruguete y de Jorge Manrique, el de que

Nuestras vidas son los ríos...

Y, ¡ay cuando secos! Fatídico y emblemático nombre ese de Ríoseco, río seco.

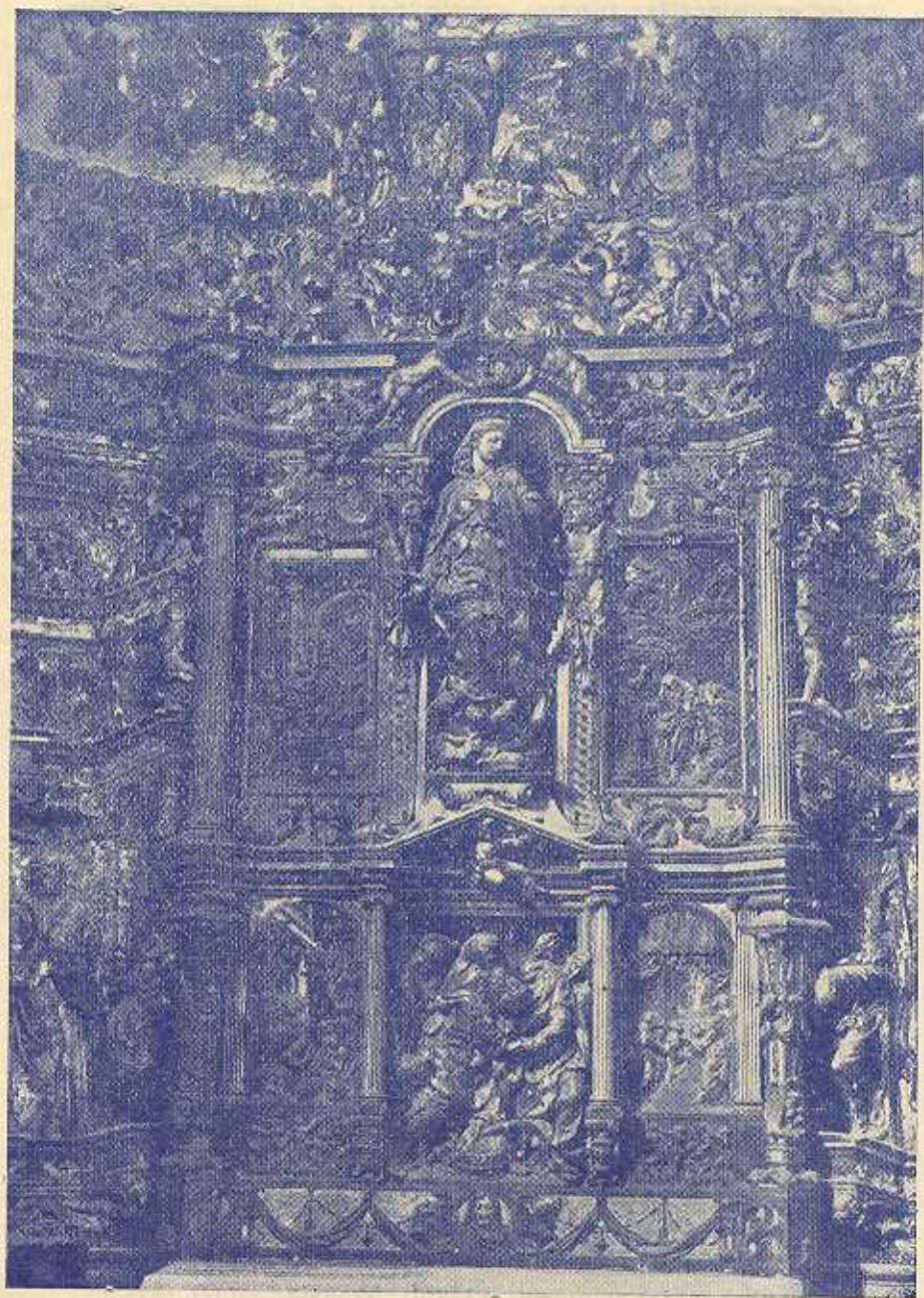
*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la...*

¿Y no también las estrellas? Qué van a dar... ¿dónde? Y pasarán como los ríos y como los pasos de toda procesión humana o divina en perpetuo Jueves Santo, mientras la Muerte toca la guitarra, y al son bailan los mortales. ¿Qué mejor podemos hacer? Y quedarán, resonando en el silencio, la cruz y la palabra, la cruz de la palabra y la palabra de la cruz.

Jueves Santo en Medina de Ríoseco. Jueves de Pasión en el río seco de la paramera castellana, pero bajo una estrellada que es un consuelo. Y el dolor se serena, se depura en la Dolorosa. La tierra está llena de cielo y el cielo está como henchido de tierra, y en la soldadura de uno y de otra, de cielo y tierra, en el horizonte, se ve cómo se cierra nuestro mundo pasajero.

Y es, lector, que alguna vez tengo que hablarte, en comentario perpetuo, no de lo de antes, ni de lo de ahora, ni de lo de después, sino de lo de siempre y de nunca; que ya volveremos a los pasos de la actualidad pasajera y a bailar al son de la guitarra simbólica.

(Publicado en el diario «El Sol», Madrid, 27-III-1932.)



Capilla de los Benavente.—Retablo de Juan de Juni, 1554.

Más sobre la Capilla de los Benavente

por Francisco Antón

EL CASO DE JERONIMO CORRAL.



TEMA inagotable, y que merece serlo. Más aún: creo que la Capilla de los Benavente, con tener y sostener ya tanta literatura, no ha despertado aún toda la admiración que se le debe, y, menos acaso, el interés agudo y penetrante que reclama tamaño portento. No es lícito quedarse corto en el elogio por temor a incurrir en exageraciones, que bien lo justifica la obra de yesería, única, sin duda en la Historia del Arte.

«Yeseros», muchos en el siglo XVI; decoradores de recuadros, de falsas nervaduras, de algún frontal, todo en el mejor de los casos, porque lo general era reducir los trabajos a molduras o, lo más, a filateras y florones de bóvedas. Pero Jerónimo Corral es un insigne maestro que aprovecha el yeso para labrar obras geniales de invención y magistrales de composición y de técnica: exactamente, ambas cualidades: genio y maestría. Solamente él, en esta clase de arte. Señálese, sino, en todo el mundo artístico nada semejante a la capilla de Ríoseco.

Ella fué la cumbre del arte de Corral, a enorme altura sobre otros trabajos del maestro: la Casa Blanca de Medina del Campo, la capilla de los Reyes en la Catedral palentina, los techos de Villalpando y de Rodilana, lo perdido de San Francisco de Valladolid y de Ríoseco, donde quedan, por dicha, las estupendas tribunas del coro.



*Capilla de los Benavente.—El pecado original,
por Jerónimo del Corral.*

Si la técnica de los yeseros españoles deriva de la morisca aplicada para decorar frisos y zócalos, portadas y techos, con lazos, guirnaldas, letreros, saetines, molduras, etc., todo vaciado, es evidente que en Jerónimo Corral esa técnica se remonta y sublima, y además, se ennoblece con la talla directa del escultor, porque ésto es sobre todo el gran maestro: un escultor extraordinario.

Es natural que no prodigara empeños gigantescos, como el de la capilla benaventina, por su cuantía sólo asequible a fortunas considerables como la del poderoso negociante que la costeó. Y así, en tono menor, otros señores, como Rodrigo de Dueñas, Gaspar de Fuentes, Fray Antonio de Guevara, etc., acudieron a los Corral para

decorar sus fundaciones y aun para dirigir las, y no sólo a los Corral, sino también al rejero Francisco Martínez y Juan de Juni, que asociados, trabajaron en algunas de estas obras, como en la capilla riosecana, y tal vez mediante influencia de ella o bajo la del propio Alvaro de Benavente. Casos seguros: la enterratoria de Fr. Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo, en San Francisco de Valladolid y la de los Reyes, de Palencia.

Pero toda la obra conocida, o supuesta, de Jerónimo Corral, salvo nuestra insigne capilla, es decorativa; tan sólo la obra riosecana es sustancial, y se yergue como una montaña sobre el resto de sus hermanas. Las figuras envaradas y tímidas de la capilla de los Reyes se mueven aquí con una libertad, una gallardía, un brío y una grandiosidad sorprendentes; compárense por ejemplo las estípites de lo palentino con las de la capilla benaventina. Lo mismo se observa en la torre de Casa Blanca, posterior a la capilla de los Benavente y contemporánea de la palentina.

¿Decadencia? ¿Presencia de colaboradores y ayudantes que nos son desconocidos?

Pero en la capilla de los Benavente, todo es del cerebro y de la mano del maestro, porque la obra lo requería. Exigió, en primer término, un serio estudio preliminar, tanto de ciencia religiosa como de composición artística y, tras ellas, una muchedumbre de esbozos, para agrupaciones, reparto de masas, distribución de ellas y de figuras aisladas, representativas, históricas, simbólicas; individuación de cada una y duros estudios del natural... Todo sumiso a una disciplina histórico-teológica rigurosísima.

Arduo problema y grave cuestión resolver sobre ello. Y, por fin, la ejecución material, en pocos años, con maestría insuperable y sin un fallo.

¿Tuvo guía Corral para el «argumento» de su estupenda obra, como apunta García Chico? No es imposible, y cabe suponer alguna orientación para el desarrollo del «programa» de la cúpula, que es lo más esotérico de la capilla. Lo restante era del dominio de cualquier hombre letrado del Renacimiento, y Corral, sin duda conocía bien la cultura de entonces.

Demostrarlo, no sería difícil, ya que se muestra patente en su labor general. Pero ahora no cabe sino referirse a la que desarrolló con sin par maestría en el breve recinto de la capilla riosecana.

Se impone una pregunta: ¿Estuvo Corral en Italia antes de 1544, por ejemplo? O bien: ¿Mientras trabajaba en la capilla de los Benavente entre 1544 y 1548?

Bien posible es ello: la cuestión se plantea así. Todos los «cambios» o grandes negociantes de entonces tienen Banca y comercio con el Mediterráneo y, especialmente con Italia: Los



*Capilla de los Benavente.—Expulsión del Paraíso,
por Jerónimo del Corral.*

Dueñas, los Alvarez de Calatayud, los Fabionelli, los Benavente, los Ruiz Embito, los La Serna, los Spinola.

Algunos poseen flota propia que llega a las costas asiáticas para cargar especias y telas ricas. A Italia arriban todos esos barcos, y no sólo para operaciones mercantiles, sino bancarias también. Hasta a las nuevas tierras de América alcanza el negocio de estos grandes mercaderes. Pues bien: Alvaro de Benavente, sobre sus negocios con Italia, era en España tesorero de la Cruzada, lo cual le obligaba más a su comunicación frecuente con Roma, y por ello, y por estrecha amistad, Fr. Antonio de Guevara, el Obispo de Mondoñedo, le hace en su testamento este encargo: «Iten mandamos y decimos que por cuando nos encomendamos a Alvaro de Benavente, Tesorero de la Cruzada, que nos hiciese traer una piedra de pórfido para nuestra sepultura...» Esa piedra vino de Italia en barco, seguramente propio, de Alvaro de Benavente y era para la capilla del Obispo en San Francisco de Valladolid, decorada con esculturas de yeso por Jerónimo Corral, según va dicho, asociado a Martínez y a Juan de Juni, como en la de Ríoseco. Cosa, pues, bien posible, que en uno de estos viajes de los barcos del patrón y protector de Corral fuere éste a Roma, pasando por Génova o por Civita Vecchia, sobre todo a partir de 1535 cuando ha terminado Miguel Angel las pinturas de la Capilla Sixtina, acontecimiento que resonó en todo el mundo artístico con el estruendo de un terremoto colosal. Dice así Venturi: «La grandiosidad de la construcción miguelangelesca sembró prodigios en Italia y en Europa, si bien los elementos externos fueron los que prevalecieron.» Es decir: que la influencia de la Sixtina es abrumadora y rapidísima.

La obra de Miguel Angel allí tiene dos etapas: Julio II le encarga las pinturas del techo, muros y rincones, en 1508. Esta labor dura cuatro años.

Paulo III conviene con el artista la pintura del Juicio Final, en 1535, terminando en 1542.

La fama de la obra se difunde como la luz del relámpago y bien pronto los navieros de nuestros negociantes traían a España y a Valladolid la estupenda noticia acompañada sin duda de cartones, apuntes, bosquejos y dibujos. Aun sin éstos, bastaría la relación del suceso y su literatura para que en los artistas se encendiera el deseo de contemplar tal portento. ¿Pudo ir a Italia Corral durante estos años de su labor en Ríoseco?...

Porque ya es hora de decirlo: La Capilla Sixtina influye de un modo absoluto e innegable sobre la de los Benavente.

El mismo argumento; el terrible drama de la Humanidad,

y desarrollado en los mismos actos, en los mismos episodios y de análogo modo: Creación y Juicio Final.

Las escenas del Paraíso terrenal, en la Sixtina, se distribuyen por los casetones del techo y son la creación de Adán y Eva, el pecado original y la expulsión, todo lo que Corral agrupa en el timpano frontero al altar y bajo el formero de la cúpula. Detalle interesante: la Serpiente del Pecado, tiene, en ambas capillas cabeza de mujer. La organización de las escenas resulta igualmente análoga en los dos recintos.

Profetas, sibilas, mancebos desnudos, etc., ocupan timpanos, triángulos, rincones, remate de pilastras, de la Sixtina. Aquí en nuestra capilla, Corral prefirió la cúpula para recoger elementos semejantes, si bien reservó muchos huecos, hornacinas y tabernáculos, tondos y sobreventanas para un Cristo de Majestad, Apóstoles, Santos, Angeles y multitud de estatuas, relieves y adornos que cuajan los muros con riquísima y maravillosa exuberancia. Es interesante comparar algunos profetas de la Sixtina con otros de la capilla riosecana: Por ejemplo, Jeremías de Miguel Angel con varios de Corral, tanto de la cúpula como de las sobreventanas del testero principal. Los evangelistas de Corral y los profetas de Miguel Angel son también comparables, así como otros muchos personajes, en número abrumador, pero que indican una relación indudable entre las dos capillas.

Es curioso advertir que mientras en un casetón del techo de la Sixtina se representa la creación de Adán, falta este episodio en la capilla de los Benavente o aparece fundido con el de la invención de Eva.

Esto, como uno de los distintivos que también abundan entre las dos obras, ya que no podía esperarse del genio de Corral una copia servil, sino solamente un recuerdo, o el efecto de un chispazo inspirador.

Bien lo patentiza la comparación del Juicio desarrollado en el testero del altar en las dos capillas, donde la gigantesca y tremenda escena se agita violenta en torno a Cristo Juez, de pie y airado en la Sixtina (1), y severo en Río seco, sentado, empuñando un largo cetro y pisando aquí sobre los símbolos apocalípticos y allí sobre ángeles; y en ambos lugares, como grupo tradicional, entre la Virgen suplicante y San Juan Bautista. En la Sixtina,

(1) Sorprende la semejanza entre éste de Miguel Angel y el Cristo-Juez, pintado por Nicolao Fiorentino hacia 1445 en la bóveda absidal de la Catedral vieja de Salamanca.

detrás de la Virgen, Eva desnuda implorando, y, por cierto, desnudo semejante a la Eva de la expulsión, de nuestra capilla.

Las agrupaciones de bienaventurados y réprobos difieren bastante de una a otra, con notoria ventaja para la Sixtina, donde la escena llega a grandiosidades y a alturas artísticas imposibles de alcanzar, ni por Corral ni por ningún artista nacido, salvo Miguel Angel mismo.

Siguiéndole, Corral prodigó los desnudos en la Capilla de los Benavente y creó otro lazo que liga a ésta con su precedente; y los desnudos de aquí son realistas, nobilísimos y como estudiados del natural, cosa extraña en el arte español de la época sobre todo para las figuras femeninas. Bien que por los días de Corral, si no fué a Italia, circulaban ya por España muchos cuadros italianos y flamencos reproduciendo desnudos de estudio directo. Baste citar las obras del Tiziano aquí conocidas entonces. Pero las Evas de Corral, en su capilla de los Benavente, parecen acusar la presencia de un modelo de carne y hueso.

De todos modos, si Corral hubiese estado en Italia podría haberse inspirado para algún grupo de su obra incluso en artistas anteriores a Miguel Angel. Por ejemplo: para su creación de Eva, en el relieve atribuido a Jacopo della Quercia o a Luca della Robbia, conservado en el Museo de la Obra de la Catedral de Florencia, escena interpretada de un modo muy semejante a la de la capilla benaventina. Pero no es cosa de alejarse más atrás de Miguel Angel, de quien pudo venir el influjo irresistible y poco dudoso.

¿Y el tema de la Muerte? Esta, que precede a los primeros padres expulsados en su éxodo y que tañe la guitarra regocijada por su victoria formidable sobre toda la Humanidad; esta seca y terrible figura, ¿de dónde procede? No creo que sea necesario buscarle fuentes ajenas cuando en nuestra España tenía Corral la inspiradora. Sencillamente las «farsas» y «misterios» medievales, que habían de derivar en los «autos». Pues bien: precisamente entre 1540 y 1550 Juan de Pedraza escribe y representa un «misterio» titulado «Danza de la muerte». Y por entonces también Juan de Timoneda y Lope de Rueda, que en 1550 tiene asiento en Valladolid, escenifican farsas de ese carácter. Es bien probable que Jerónimo Corral asistiera más de una vez a esas representaciones donde la Muerte asume papeles análogos al que desempeña en la capilla de los Benavente y bien conocido es el episodio del Quijote donde el sin par Caballero se topa de buenas a primeras con la carreta de

los comediantes de Angulo el Malo, disfrazados para representar en un lugarejo por la Octava del Corpus, el «auto» de Mira de Amescua «Loa de las Cortes de la Muerte», heredera del «misterio» de Pedraza, en sesenta años anterior. Esta figura, la Muerte, falta precisamente en la obra de Miguel Angel, y ello dice bastante en favor de la cuna de tal representación semitrágica y semigrotesca, aquí.

En lo que hace a la fórmula empleada por Miguel Angel para la composición del Juicio Final, seguida en Rioseco, hay que reconocer su antigüedad remota. Aquí la tenemos ya en nuestro Fernando Gallego, por el siglo XV, en el antiguo retablo mayor de la Catedral de Ciudad Rodrigo (2). El Cristo, en trono, con la Virgen y el Bautista, centran la escena, y la distribución de ángeles, de salvados y condenados ordena ya el conjunto, que con seguridad tiene antecedentes a Gallego mismo.

No cabe duda de que puede defenderse la tesis de uno o varios viajes a Italia por parte de artistas españoles en pleno Renacimiento, y, en tal caso, bien probables excursiones de Jerónimo Corral. Pero tampoco ofrece duda que de Italia vinieron por entonces, y antes, dibujos, trazados y descripciones del arte renaciente más descollante en Italia. Y obras también. A fines del siglo XV, Luis de la Serna, el rico mercader, trae en sus barcos un retablo de loza vidriada, seguramente de uno de los Della Robbia, para la iglesia de Santiago de Valladolid, cuando La Serna la reconstruía.

Importó de Florencia el banquero esta soberbia obra y él aseguró que le había costado más que si fuera de plata.

Otro retablo hermano, de los mismos materiales, del mismo arte, y traído por la misma época, acaso a la vez, había en la capilla de Nuestra Señora del convento de San Francisco valisoletano. La obra procedía de Pisa y era también de los Della Robbia, que vivieron: Luca, de 1400 a 1482 y Andrés, de 1435 a 1525. Los retablos referidos serían de Luca.

Más tarde, otro comerciante y banquero, Jácome de Spinola, depositario general genovés, trajo en su navío desde Florencia, una imagen de San Antonio de Padua, de alabastro probablemente, que vino a parar en la capilla franciscana llamada de los Sastres Mancebos, de Valladolid.

Todo eso y mucho más llegaba de Italia en los siglos XV

(2) Después en la colección de Sir F. Cook, de Richmond.

y XVI, de modo que sin ir allá, tenían los artistas españoles cuenta cabal de lo que triunfaba y lucía en los centros culturales italianos. Pero muchos pintores y escultores, grabadores, miniaturistas, etc., hacían el viaje, por penoso que fuera, resueltos a beber directamente en las fuentes italianas. Si viajó también Jerónimo Corral en algún barco de Alvaro de Benavente, buen provecho sacó para su gloria. Fuera o no fuera, de allá recibió no poco. Lo demás púsole él con su genio extraordinario.

En fin, ahí queda la cuestión. Como dije al comienzo, la capilla de los Benavente es un tema inagotable y merece serlo.

Unidos su arte insuperable y su especialísimo carácter, hacen de ella obra única dentro del cuadro general del Renacimiento.



Sacristía de Santa Cruz.—«El Descendimiento», pintura en tabla del siglo XVI.

MEDINA DE RIOSECO

Antigua villa y vieja ciudad

*(Algunos sucesos de la vida local con
repercusiones nacionales)*

por Justo González Garrido



COMO esos personajes abrumados de historia que convierte en leyenda la imaginación popular, Medina de Rioseco es una vieja ciudad cuyos timbres de gloria son muy anteriores al reconocimiento oficial y tardío de la ejecutoria que elevó su categoría en tiempos del Cuarto de los Felipes; y no precisamente por sus hazañas, ni por generosa merced real, sino a costa de subsidios y donativos destinados a ayudar las empresas y aventuras guerreras que la Casa de Austria se obstinaba en mantener por lejanas tierras, enflaqueciendo a la vez la sangre hispana y la bolsa nacional.

Villa realenga de León y Castilla hasta finalizar el siglo XIII, cuando la monarquía necesitaba apoyarse en la voluntad popular para hacer frente a los rebeldes y sediciosos en las luchas contra los benderizos, ofrecía su lealtad, nacida de su nobleza. «Muy noble y muy leal» la proclamó D. Juan I como blasón por su gloriosa defensa contra las tropas del Duque de Lancáster, confiriéndola como escudo heráldico el de dos castillos y dos caballos asomados a unas almenas, en lo que se exalta la astucia tanto como el valor.

Mas no siempre los monarcas correspondían al hidalgo proceder de la villa. Fernando IV la entrega como dádiva a su tía, la infanta D.^a María Díaz, esposa del discolo infante Don Juan, por haber perdido el señorío de Vizcaya; y tras de haber revertido a la Corona gracias a la gestión de la prudente, sagaz y animosa D.^a María de Molina, que estuvo en la villa con el rey su hijo, en 1308, éste volvió a convertirla en presea de regalo para su coima, la hermosa D.^a Leonor de Guzmán, célebre por

su extraordinaria belleza. Y como presente de bodas la otorgó después Enrique II a su cuñado D. Felipe de Castro; pues con la muerte de la Guzmán la villa había vuelto al patrimonio real.

La bastarda y numerosa descendencia de D.^a Leonor, favorita del rey durante 20 años, no parece que al principio simpatizara mucho con la villa, hasta que heredó el señorío de su tía la infanta D.^a Juana, el primer Almirante de Castilla, D. Alfonso Enríquez, nieto de Alfonso XI e hijo de aquel maestre D. Fadrique bárbaramente asesinado en el alcázar de Sevilla ante el rey su hermano gemelo Enrique II.

Así pasó Medina de Rioseco a ser feudo de esta poderosa familia de los Enríquez, rodeados de riquezas y honores, que les daban —como dice nuestro insigne cronista Valencia Castañeda— «una gran preponderancia en la Corte cuando eran amigos del rey, y cuando no, prestigio y autoridad bastantes para capitanear rebeliones de la nobleza, algunas de las cuales se tramaron y organizaron en la fortaleza de esta villa».

Así también el nuevo Almirante Don Fadrique I, hijo de Don Alfonso, la convirtió en foco de conjuración contra Don Alvaro de Luna, exigiendo del rey el acabamiento de su privanza, al frente de un numeroso ejército acaudillado por una fuerte confederación de magnates de las principales casas nobles de Castilla —entre las cuales tenía el Almirante acomodados sus doce hijos—.

Mas la derrota de Olmedo le abatió hasta el punto de tener que entregar el castillo de Rioseco al soberano y aun su propia hija Juana, la reina de Navarra, madre de Fernando el Católico, en rehenes de obediencia. La huida dió motivo para confiscarle la villa hasta obtener el perdón nuevamente de la magnanimidad real.

Medina de Rioseco, cercada entonces por fuerte muralla de piedra en su área más ceñida, con varios baluartes, seguía obligada el rumbo de sus señores, pugnando por superar su humilde fisonomía castrense con una expansión mercantil, luego favorecida por los Reyes Católicos mediante la decidida protección a sus ferias y mercados que pronto llegaron a convertirla en emporio de riqueza, para dorar sus blasones.

Don Fadrique II que heredó el señorío de ella en el año 1485, fué también en su juventud personaje turbulento hasta el punto de desacatar los mandatos de la Reina Isabel, que muy enojada le desterró a Sicilia donde casó con D.^a Ana de Cabrera, condesa de Mófica; pero desde que el 14 de mayo de 1489 en que, con un retraso de cuatro años, juró en la plaza de Santa María

guardar las libertades de la villa, se asentó definitivamente en ella, teniéndola por cabeza de sus estados y abandonando el castillo, como ejemplo de respeto a la política de los Reyes



Arco de Ajájar.—Siglo XIII.

Católicos, edificó su palacio abajo, al lado de la puerta meridional de la muralla, donde se alzaron también el convento y la iglesia de San Francisco, para su tumba y la de su esposa.

Y desde su nueva residencia dejó sentir el peso de su influencia en el Reino, sobre todo cuando Don Carlos I estaba ausente de él, desplegando en el primer tercio del siglo XVI la actividad y la astucia necesarias para el gobierno de la nación en las difíciles circunstancias que trajo la querella entre la Nobleza y las Comunidades, proporcionando asilo en su Medina al Condestable, al Cardenal Adriano, que hubo de escapar difícilmente de Valladolid y a los más ilustres próceres de Castilla.

Las tropas imperiales, acampadas en el recinto fortificado de la villa, no podían ser muy numerosas y frecuentemente tuvieron que contemplar inactivas cómo los caballos de los Comuneros se acercaban a ellas, avanzando por la vega en incursiones provocativas desde el castillo de Tordehumos, mientras Fray Antonio de Guevara llevaba las negociaciones de paz con la Santa Junta en Villabrágima, consiguiendo al menos la deserción de Don Pedro Girón, que con su gente ocupaba esta fortaleza «vacilante entre los compromisos de la causa y los intereses de la clase», retirándose al fin con el ejército sitiador hacia Villalpando.

Despejados los alrededores de la plaza sitiada, vencida la resistencia de Palacios y ganado por sorpresa el castillo de Montealegre, mientras las huestes comuneras sesteaban, esperando refuerzos, a la sombra del castillo de Torrelobatón, se hizo posible la derrota de Villalar.

La mengua que en algunos de los actuales riosecanos pudiera producir el papel reservado a su pueblo en estos sucesos, conviértese en dolor y pesadumbre cuando se piensa que el César, lejos de agradecer la habilidad con que les había conducido el Almirante, principal artífice de la pacificación, le trató desabridamente al llegar a España, por su humana inclinación al perdón, repitiendo la conducta seguida con Cisneros.

Mas lo que resulta indudable es que los servicios y sacrificios de la villa, que pasó no pocas zozobras y hubo de gastar siete millones y medio de maravedises en el trance —según un cuaderno del archivo municipal, donde se llevaba la cuenta—, consiguió con la paz tal grado de prosperidad que al final del siglo XVI era «el más opulento lugar de señorío».

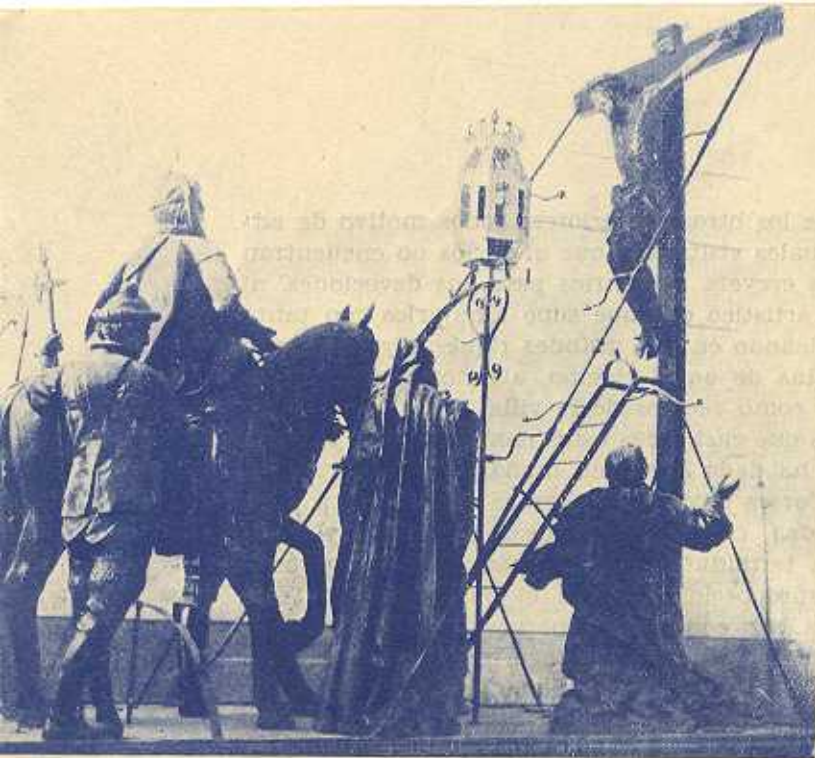
Tenía en ese tiempo Medina de Rioseco más de 12.500 habitantes y aunque no llegaran a mil los millonarios, como creen los cronistas de la época, dicen bastante los recuerdos monumentales de aquella grandeza. Porque entonces se alzaban ya sobre el dédalo de calles estrechas, tortuosas y desiguales en sus construcciones, algunos de los templos hoy existentes y cre-

cia la edificación de los otros posteriores; todos motivo de admiración en los actuales visitantes, que al verlos no encuentran la población que les creyera necesarios para sus devociones, ni sospechan el gusto artístico con que supo alhajarlos con tanta magnificencia, empleando en ello grandes riquezas y atrayendo a los mejores artistas de aquel tiempo, algunos de los cuales en Medina vivieron como vecinos de la villa.

Mas observemos que casi todos estos monumentales templos que pomposamente ha dado ahora en llamárseles catedralicios, están inacabados. Torres mochas, y algunas que el orden pide, ni siquiera empezadas, cresterías, cornisas, pináculos y otros adornos a veces sin terminar. Estos monumentos, que parecen arrogantemente desproporcionados con el pueblo que los edificara por su cuenta, son como una repercusión de la grandeza de los tiempos en que se alzan. La historia nacional culminaba entonces y ya no podía sostenerse al mismo ritmo. La decadencia se inicia sin terminar la tarea. La alta ambición y el esfuerzo sorprendente de un pueblo lleno de fe y de poder insospechado para el logro de sus ideales, se encuentra de pronto con la imprevista escasez de medios y la fatiga. Hace un alto en su empresa, pensando que no puede ser obra de un día y que otras generaciones más fuertes la continuarán, dando generosamente los bienes de la tierra para elevar grandiosos monumentos al cielo...

Pero estas generaciones animosas no habían de llegar. Era el sino de las grandes empresas españolas de aquellos tiempos gloriosos para España, que inician la decadencia. La historia nacional naufraga y lo arrastra todo. Mas ahí queda la muestra del poderío, del empuje y de los ánimos de una hidalga villa castellana antes de lograr el título de ciudad, broche de plata que obtiene también con sus dineros, no por sus proezas.

La decadencia ha sido incontenible. Las circunstancias históricas han variado adversamente. Y el recuerdo de las pasadas grandezas no se acompasa con la resignación a la vulgar mediocridad. Mas, ¿quién adivina las perspectivas del futuro?... Mientras tanto el trabajo y el amor al solar ilustre, la explotación inteligente de un término feraz, como viene haciéndose, los acrecentamientos industriales y comerciales que traerán los ensanches y mejoramiento en la edificación urbana, con la elevación del nivel intelectual y moral, quizá dibujen en el horizonte un porvenir más lisonjero... Y hasta para los que no podemos ya conocerlo, parece esta ilusión un consuelo patriótico. Adelante.



Procesión de la tarde del Viernes Santo.—El paso grande de «La Crucifixión».

MEDINA DE RIOSECO, en el límite de la Tierra de Campos, donde los jornaleros de la llanura sin fin se transmiten de padres a hijos la obligación y el sagrado honor de llevar a hombros sus monumentales imágenes, y vibran con la tensión propia de los acontecimientos trascendentales cuando, llegado el momento, se disponen a sacar el «paso» de donde habitualmente se aguarda, agachados, de rodillas casi, a ras de tierra las manos, porque si se levantan las andas, pega en el techo la imagen, rompiéndose los artejos que sangran contra el suelo, y diciendo, a pesar de todo, con amor: «¡A una! ¡A dos! ¡Ahora...!» Y se sonrien como niños pequeños cuando por fin ven a plena luz del día la cara bellísima de la Virgen que un año más va a pasear sus dolores por las calles de la villa...

MARCELO GONZALEZ,
Canónigo de la S. I. C. de Valladolid,

Reforma litúrgica de la Semana Santa

por Pedro Herrero

Párroco de Santa María

La Semana Santa ha encontrado, por fin, su verdadero sentido litúrgico.

Desde los tiempos apostólicos venía la Iglesia celebrando con singular solemnidad los principales misterios de nuestra redención. Es decir, la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, en un TRIDUO SACRO, llamado de Cristo Crucificado, Muerto y Resucitado. A este triduo se añadió más tarde la solemne conmemoración de la institución de la Sagrada Eucaristía. Y finalmente se insertó después, en el domingo que precede a la Pasión, la entrada triunfal de Nuestro Señor Rey y Mesías en la Ciudad Santa. De ahí que a la semana que va desde el Domingo de Ramos hasta la Resurrección, se la dió en llamar, por la importancia de los misterios en ella conmemorados, SEMANA SANTA.

Las ceremonias de esta Semana Mayor venían celebrándose los mismos días y a las mismas horas en que habían sucedido los Santos Misterios. Así la institución de la Eucarsitia se conmemoraba en la tarde del Jueves Santo. En la tarde del Viernes Santo tenía lugar una función litúrgica especial que recordaba la Pasión y Muerte del Señor. Y en la noche del sábado se celebraba la Solemne Vigilia Pascual que terminaba en la mañana siguiente con la gloria de la Resurrección.

Fué en la Edad Media cuando, por diversas causas, se comenzó a anticipar la hora de las funciones litúrgicas. San Pío V, a fines del siglo XVI, al llevar a la práctica los decretos litúrgicos del Concilio de Trento, dió normas definitivas para la celebración de la Semana Santa. Y consagró la costumbre, introducida ya desde el siglo VIII, de celebrar los Oficios por la mañana, con daño evidente, desde luego, del sentido litúrgico, y en declarada oposición con los relatos evangélicos. El Sábado Santo, dedicado a una anticipada gloria Pascual, perdió el carácter de día de luto, en memoria de la sepultura del Señor, que siempre tuvo, y sobre todo la Solemne Vigilia Pascual desplazada de su hora nocturna, perdió todo su sabor y simbolismo.

Mediado el siglo XVII, en el año 1642, mudadas las condi-

ciones de vida social, el Papa Urbano VIII, en la Constitución Apostólica «*Universa per Orbem*», redujo a simples días laborables el TRIDUO SAGRADO de la Semana Santa, que hasta entonces había sido de precepto. Y ese permiso laboral trajo consigo el apartamiento de los fieles de las funciones litúrgicas. Y en tanto se prodigaban por la tarde, los desfiles procesionales, a los que se sumaban verdaderas muchedumbres, el clero, por la mañana, celebraba los Oficios Divinos en iglesias casi vacías.

Razones, no sólo de orden histórico, sino sobre todo pastoral, es decir: el deseo de atraer a los fieles a los Cultos de los días más santos y sublimes del ciclo litúrgico, movieron a eminentes liturgistas, a sacerdotes con cura de almas, y particularmente a los Obispos, a suplicar, con insistencia, a la Santa Sede, la reforma de la Semana Santa.

MODIFICACIONES MAS IMPORTANTES.

Domingo de Ramos.

La bendición y procesión de Ramos, se celebrará, como hasta aquí, por la mañana. La única modificación se refiere a la bendición, que se ha simplificado notablemente. En los primeros siglos de la Iglesia la rúbrica más importante del día era la procesión. El rito de la bendición es posterior y secundario. En la Edad Media, sin embargo, alcanzó un notable desarrollo, con detrimento de lo principal, que era la procesión.

Lunes, Martes y Miércoles Santos.

La Misa de estos días no ha sufrido modificación alguna, si exceptuamos la Pasión del martes y del miércoles, que quedan considerablemente reducidas.

JUEVES SANTO.

El Jueves Santo, como se dice arriba, es el día de la Sagrada Eucaristía. Al TRIDUO SACRO, se sumó en el Jueves, la conmemoración solemne del Sacramento de los altares, con ornamentos blancos. Es decir, con ornamentos auténticamente festivos.

Cuando en el siglo XVI se adelantaron los Divinos Oficios a las horas de la mañana, el ambiente sombrío y penitencial de toda la Semana Mayor, restó lamentablemente transcendencia eucarística al Jueves Santo. Llegando inclusive los fieles, en lamentable y triste desorientación, a confundir la visita a los Monumentos, donde Jesús se nos muestra vivo a nuestra adoración,

con la visita a los sepulcros, que recuerdan más bien a Cristo muerto y sepultado.

En las Catedrales se ha vuelto a instaurar la Misa «Cris-matis», que celebra el Sr. Obispo, para la bendición de los Santos Oleos y consagración del crisma. Esta Misa se celebrará por la mañana.

Después de las cinco y antes de las ocho de la tarde, se celebrará la Misa «In Coena Domini». Dentro de esta Misa se puede tener el lavatorio de pies, inmediatamente después del Evangelio y antes del sermón del Mandato.

Terminada la Misa se trasladará el Señor al Monumento, en donde se le acompañará en pública adoración, hasta las doce de la noche, por lo menos.

La visita a los Monumentos, tan tradicional en España, Italia y otros países latinos, deberá hacerse en la noche del Jueves al Viernes Santos.

VIERNES SANTO.

Los Oficios propios de este día se tendrán en las horas del mediodía, hacia las tres, pudiendo retrasarse por razones de tipo pastoral, pero no más allá de las seis de la tarde.

La liturgia de este día, venerable y antiquísima, se ha conservado con singular pureza a través de los siglos. En ella se concede primacía a la Adoración de la Santa Cruz, que fué en la antigüedad el nervio y centro de la solemnidad religiosa del Viernes Santo.

La práctica de la comunión en los Oficios de este día estuvo en vigor hasta el siglo XVII, en que en mal hora se suprimió..., para reaparecer, gracias a Dios, con el *NUEVO ORDO de la Semana Santa*, en el presente año de 1956. La comunión de este día se halla rodeada de circunstancias singulares, que la hacen más devota y emocionante.

SABADO SANTO.

El Sábado Santo vuelve a ser día de LUTO, enteramente alitúrgico, en memoria de Cristo sepultado. Los Oficios que desde la Edad Media vinieron celebrándose en la mañana de dicho día, se trasladan, con el *NUEVO ORDO*, a la NOCHE, con el nombre de *SOLEMNE VIGILIA PASCUAL*.

Esta Vigilia deberá celebrarse a la hora apropiada, es decir: a hora tal que permita comenzar la Misa solemne de la Vigilia a la *MEDIA NOCHE* del sábado para el Domingo de Resurrección.

Sin embargo, donde por circunstancias especiales, convenga, a juicio del Rvdmo. Prelado, adelantar la hora de la Vigilia, ésta no comenzará antes del crepúsculo, y ciertamente no antes de la puesta del sol.

DOMINGO DE RESURRECCION.

Los sacerdotes que celebren la Santa Misa solemne en la Vigilia Pascual, pueden también celebrar, además la MISA FESTIVA DEL DOMINGO DE PASCUA, y AUN OTRA Y OTRA MAS, SI POR INDULTO, están facultados para binar y ternar. En cambio, los fieles, si COMULGARON en la Misa de la Vigilia Pascual, NO PUEDEN COMULGAR DE NUEVO EN LA MAÑANA DEL DOMINGO DE RESURRECCION.

SAGRADA COMUNION DEL JUEVES, VIERNES Y SABADO SANTOS.

La Sagrada Comunión deberá distribuirse solamente: a) el Jueves Santo en la MISA VESPERTINA, o inmediatamente después de ella; b) el Viernes Santo, en la SOLEMNE FUNCION LITURGICA, que como se ha dicho anteriormente, se celebrará después del mediodía, y c) el Sábado Santo, en la MISA SOLEMNE DE LA VIGILIA PASCUAL, O INMEDIATAMENTE DESPUES DE LA SANTA MISA. Se exceptúan en los tres días, los enfermos y los que estén en peligro de muerte.

AYUNO EUCARISTICO.

Los sacerdotes que celebren la MISA VESPERTINA DEL JUEVES SANTO, la MISA DE PRESANTIFICADOS DEL VIERNES SANTO y la MISA SOLEMNE DE LA VIGILIA PASCUAL DEL SABADO SANTO, Y LOS FIELES QUE QUIERAN COMULGAR en las mencionadas solemnidades, pueden usar con CONGRUA MODERACION, en la COMIDA ANTERIOR A LA MISA Y A LA COMUNION, PERMITIDA, HASTA TRES HORAS ANTES, DE BEBIDAS ALCOHOLICAS, de las que se acostumbra a presentar en la mesa. Tales como vino y cerveza, excluidos, sin embargo, los licores, como coñac, anís y otros. Después de dicha comida, se puede tomar algo, a modo de bebida, como leche, café, pero no BEBIDAS ALCOHOLICAS NI LICORES, hasta UNA HORA ANTES DE LA MISA O DE LA COMUNION.

Del agua no se hace mención en este trabajo, porque es de todos harto sabido, que el agua no quebranta el ayuno eucarístico, pudiendo en consecuencia, los que comulgan, hacer uso de ella en cualquier momento del día y de la noche.

Medina de Ríoseco y febrero de 1956.

¡Suburbios no!

por Pedro García de Hoyos



Es tal el afán de novedad que domina a las gentes de la época que nos ha tocado vivir que está un tanto generalizada la idea de que lo nuevo es sinónimo de lo bueno. Muchos son los ejemplos que podría aducir demostrativos de lo erróneo de tal concepto, pero sólo interesa a mi objetivo de hoy exponer el que nos ofrece ese bloque de viviendas económicas recientemente edificado en las proximidades de Medina de Rioseco por su zona norte y que tan desagradablemente sorprende a cuantos conocen la ciudad, máxime a quienes, por haber visto en ella la primera luz y llevar muchos años ausentes, adolecemos de cierta hiperestesia para todos sus problemas o transformaciones.

Así pues, no deja de ser sorprendente y doloroso que cuando en una ciudad semidevastada por la acción conjunta de los siglos y la incuria surge una rara oportunidad de reconstrucción, siquiera sea parcial, las nuevas edificaciones se instalen... en el campo.

Teníamos entendido que, siguiendo un plausible criterio, se había situado el Cuartel de la Guardia Civil a una estratégica distancia del casco de la ciudad y, siendo así, resulta inexplicable cómo poco después se ha permitido el emplazamiento a pocos metros de uno de sus costados nada menos que de una barriada de casas baratas.

Y no alcanzamos a comprender tampoco cómo estando empeñado el Ministerio de Obras Públicas en un vasto y dispendioso plan nacional de desviación de carreteras de los centros urbanos, otro del mismo Gobierno dispone que las nuevas viviendas estatales se construyan a lo largo de las carreteras. De persistir este cordial desacuerdo—o inarmónico acuerdo—, fácil es prever que dentro de veinticinco años habrá que volver a desviar las carreteras.

Sobre estas consideraciones existe otra fundamental; y es la de que con esta táctica se está creando ese engendro, material y moralmente abominable, que es el suburbio. Sólo admisible, como mal menor, en las proximidades de las grandes urbes, donde el suelo escasea y su precio es incompatible con la índole de estas viviendas. Pero el suburbio es injustificable en las afueras de pequeños núcleos de población que, como Río-seco, cuentan con numerosos solares en todas sus calles desde tiempo inmemorial y con multitud de casuchas desvencijadas cuyo mejor destino sería la piqueta demoledora.

Tampoco pueden aducirse en su disculpa razones económicas, toda vez que el valor de estos solares quizá sea inferior al de la tierra de labor donde están enclavadas las referidas viviendas, ya que, inexistente la iniciativa privada, no es de suponer que sus propietarios sientan veleidades especulativas que, en todo caso, serían fácilmente evitables teniendo en cuenta que, dado su carácter de perpetuidad, están comprendidos automáticamente en la nueva legislación que regula la expropiación forzosa a precio catastral. Además de estar demostrado técnicamente que la construcción, propiamente dicha, adosada a otras edificaciones y por pisos, es más económica y duradera.

Y ya metidos en este laberinto de paradojas, resulta una de las más chocantes la que significa el hecho de que cuando, con grandes sacrificios y vicisitudes, Río-seco ha experimentado un notable progreso urbanístico, como el que supone la instalación de un flamante servicio de aguas y la moderna pavimentación de varias de sus calles, a los vecinos se les lleven al extrarradio y no haya casas para esas calles.

Por si esto fuera poco, réstame aún aportar un argumento de tipo sociológico, que estimo como el más poderoso a favor de mi tesis. Es evidente que la situación alejada de los centros de abastecimiento, de los servicios médicos y religiosos, así como de los espectáculos y lugares de vida social, con el obligado desplazamiento, arrostrando las inclemencias del tiempo, y la siempre deficiente o nula urbanización, hacen del suburbio el lugar donde toda incomodidad tiene su asiento e incuba en sus habitantes ese espíritu torvo e insolidario con el resto de la ciudad; ese complejo de inferioridad —diríase mejor de infraciudadanía— que tan perniciosamente se ha puesto de manifiesto en sus actuaciones cívicas y sociales y que tan trágicas consecuencias tuvo en todo el ámbito nacional durante la Cruzada de Liberación.

He aquí solamente unas cuantas razones —entre las mil y una que podría esgrimir— que brindo a mis coterráneos para incitarles a que en lo sucesivo aprovechen toda coyuntura que se les presente para conseguir que las edificaciones asienten dentro del casco de la población, rellenando sus antiestéticos huecos y sutituyendo, siempre que sea posible, su caserío miserable, hasta lograr cambiar por completo ese aspecto de ciudad siniestrada que tan penosa impresión produce en cuantos la visitan por primera vez y que tan detonantemente contrasta con la magnificencia de sus templos y del tesoro artístico que contienen.



Los nuevos jardines de la Plaza Mayor.

Abrigo la esperanza de haber interpretado en esta ocasión el sentir general, ya que considero inverosímil que alguien amante de Río seco rebata mi alegato, tratando de demostrar la utilidad de su conservación en el estado actual; pues, si bien es notoria mi pasión por nuestra patria chica, no me ciega hasta el punto de hacerme pensar que sus ruinas sean tan monumentales, históricas y venerables como para intentar desviar hacia ellas esa corriente turística internacional que desde los tiempos más remotos prefiere contemplar las de Pompeya, el Foro Romano y el Partenón.

La oración de la tarde

Recoge el sol su rubia cabellera,
Y en un lecho de púrpura y zafiros
La ardiente lumbre de su inmensa hoguera
Agonizando está;
El crepúsculo vago se avecina,
Con lentos pasos la callada tarde
En su manto de pálida neblina
A hundir la frente va.

Cierra la flor su perfumado broche,
Buscan las aves su caliente nido,
Sus alas tiende el ángel de la noche
Cual lóbrego capuz;
Y en el tendido espacio cristalino,
Cual mirada dulcísima de amores,
Aparece del astro vespertino
La misteriosa luz.

Como voz poderosa del santuario,
El tremendo clamor del bronce rudo
Se escucha en el vetusto campanario
Vibrante resonar;
Y el alma fiel, el corazón que lee
El nombre de su Dios entre los astros,
El mundo que ama, que medita y cree,
Se postra para orar.

Hora de los recuerdos misteriosos,
Melancólico adiós del claro día,
Estela de reflejos vaporosos
Que deja Febo en pos:
Al expirar tus luces irisadas
En el confín azul del horizonte,
¡Con cuánta fe se elevan las miradas
Y el corazón a Dios!

La tarde, como virgen desposada,
Cubre su frente ruborosa y pura,
Y nos dirige su postrer mirada
Que oscureciendo va;
Y al ocultar su rayo luminoso
Tras el dosel azul del firmamento,
Nos habla de otro mundo más hermoso,
Que existe más allá.

El espíritu entonces, con anhelo,
Desasido del polvo de la tierra,
En alas de su fe remonta el vuelo

A más feliz región;

Y la bella y dulcísima María,
Tras ese manto de celajes de oro
En que se envuelve el moribundo día,

Escucha su oración.

María es bella como el sol radiante,
María es pura cual naciente aurora,
María tiene en cada pecho amante

Un templo y un altar

En donde el corazón con sus latidos
Ante su imagen bendecida exhala,
En cánticos de gloria o en gemidos,

Su dicha o su pesar...

¡Virgen María, universal Señora,
Azucena gentil del paraíso,
Perla oriental, lucero de la aurora,

Paloma de Hesebón!

Grato es pensar cuando tu amor imploro
Que, fija en mi tu celestial mirada,
Tras ese manto de celajes de oro

Escuchas mi oración.

Alcese, pues, a ti, dulce María,
Como un arrullo de la brisa errante,
Como un adiós del expirante día

Al tiempo de morir;

Como el incienso que en tu altar se quema,
Como el aroma que la flor exhala,
Como un himno de paz, como el emblema

De mi esperanza en ti.

Séate grata la plegaria mía
Como los blancos sueños de la infancia,
Como alada y sonora melodía

De armónico cantar;

Como el postrer suspiro de la tarde,
Como el canto del cisne moribundo,
Como el tímido rayo con que arde

La luz crepuscular.

CAROLINA VALENCIA CASTAÑEDA, DE LOPEZ NUÑEZ.

Del libro «POESIAS». Palencia, 1890.



Procesión de la mañana del Viernes Santo.—Paso de la Desnudez.



*Procesión de la tarde del Viernes Santo.—El Paso grande del Descendimiento,
de Francisco Díez Tudanca.*

Déjame ir a Ti...

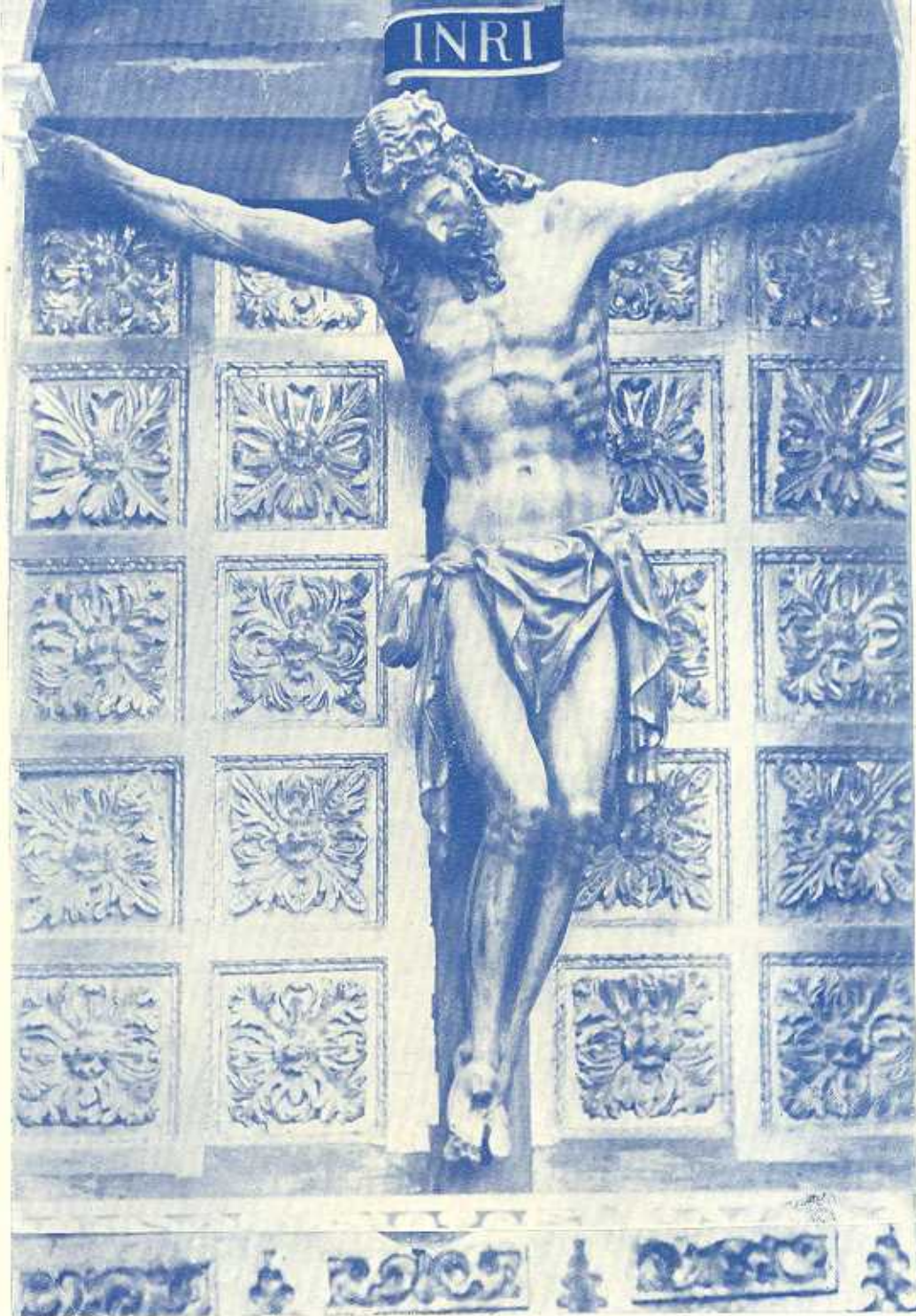
*T*odo lo diste ya; desnudo pendes
clavado en una Cruz, tu carne herida
es la inocente víctima ofrecida
con que a comprar mi salvación atiendes.

*Con ansias de perdón tus brazos tiendes
y por ganar el alma que te olvida,
la gloria del Tabor oscurecida,
hasta el suplicio de la Cruz descienes.*

*Mueres en Cruz para que yo no muera,
Hijo de Dios que por mi amor has muerto.
Culpa y temor por tu piedad vencidos*

*déjame ir hasta Ti, porque aún me espera
desde la Cruz tu corazón abierto
y me aguardan tus brazos extendidos.*

JESUS PIZARRO RODRIGUEZ.



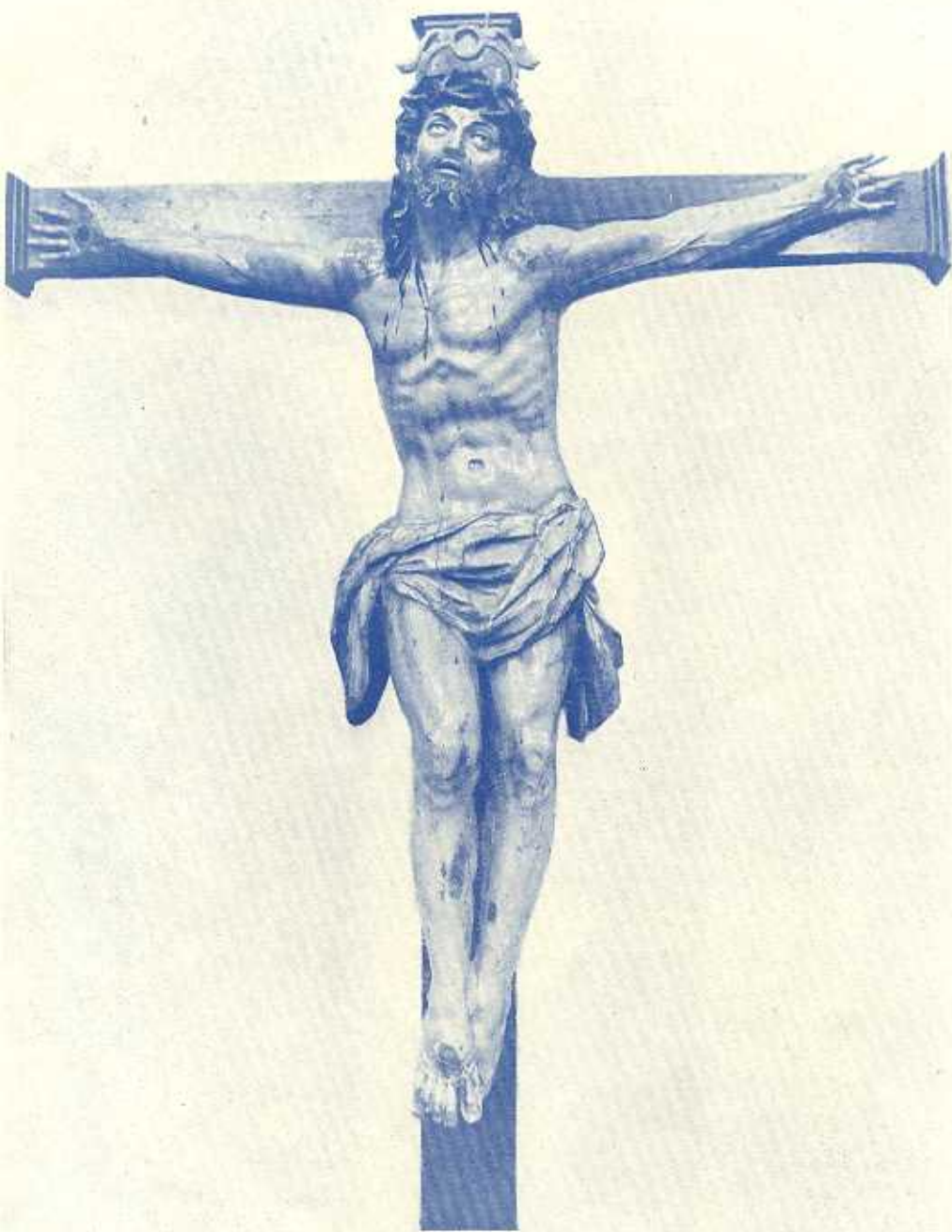
«Cristo de la Paz», de Francisco Martínez.



«La Piedad», de Rodrigo de León.



«La Dolorosa», de Juan de Juni.



El Cristo de la Pasión.

Viernes Santo

*En el altar la Virgen, toda anegada en llanto,
Sus manos marfileñas, dolorosas y unidas,
Semejan inocentes palomas escondidas
Entre los terciopelos oscuros de su manto.*

*Blancas tocas rodean el rostro dolorido;
En sus ojos las lágrimas cegaron la belleza;
Al peso del martirio inclina la cabeza
Y sus labios parecen modular un gemido.*

*Oscura está la iglesia. Seis velas amarillas
Lanzan ante la imagen sus lívidos fulgores,
Y sus tenues reflejos fingen legión de horrores,
En el húmedo fondo de las negras capillas.*

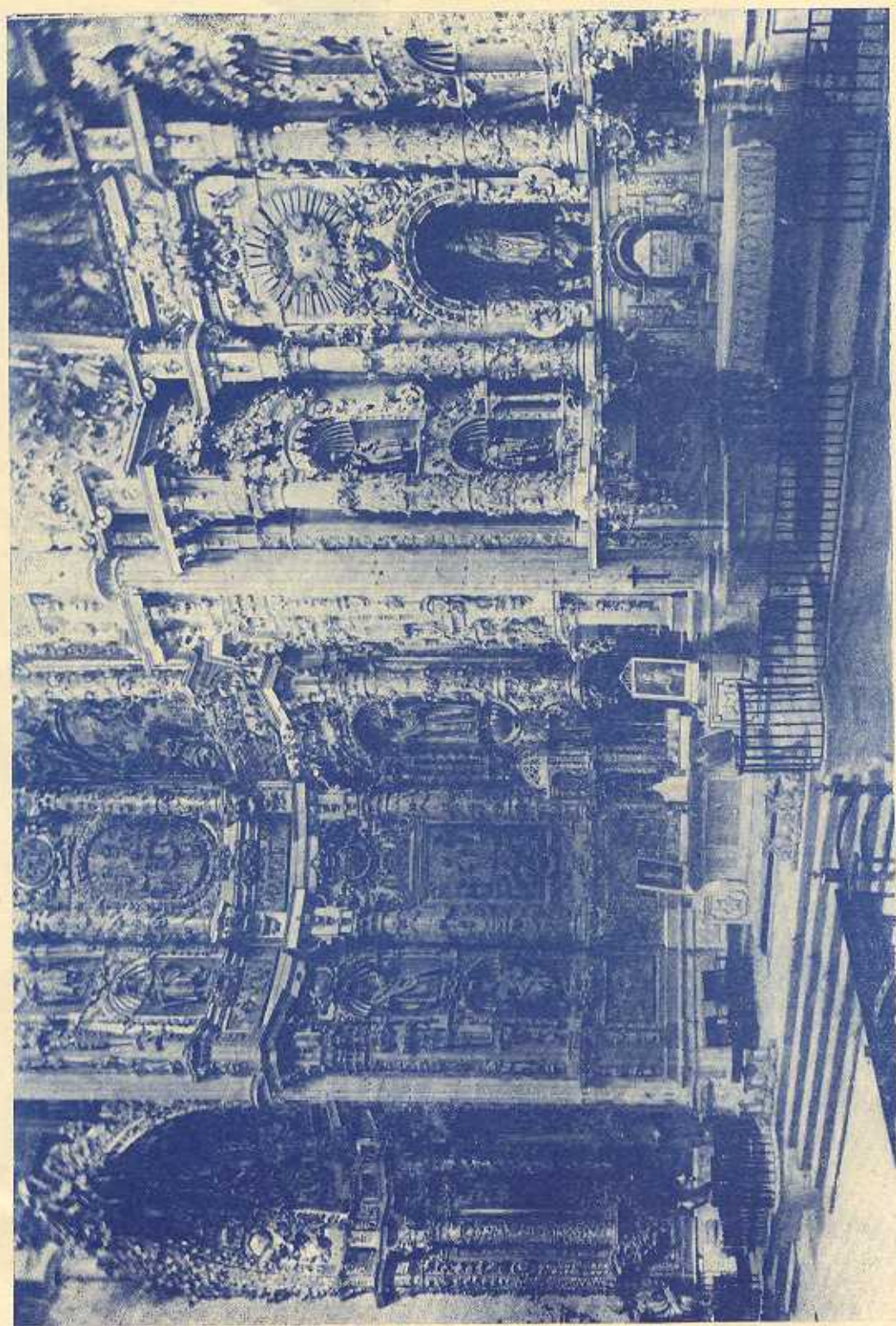
*De pronto, en el augusto silencio doloroso
Vibra el Stabat Mater sus notas de amargura;
Y es como un sollozante suspiro de ternura
La infinita tristeza del salmodiar lloroso.*

*Mientras gime la dulce cantata dolorida,
Hay un vapor de lágrimas flotando en el Santuario;
Gravita la espantosa tragedia del Calvario
Con pesadumbre ingente sobre el alma abatida.*

*Y en el altar, la Virgen toda anegada en llanto,
Inclina la cabeza como tronchado lirio...
¡Oh la tremenda noche de angustia y de martirio!
¡Oh noche de torturas! ¡Noche del Viernes Santo!...*

ESTHER LOPEZ VALENCIA.

Nació en Medina de Rioseco. Murió en Madrid, vilmente asesinada por la horda marxista.



Retablos barrocos del templo de Santiago.

Los Bolduque escultores

por Esteban García Chico



A mediados del siglo XVI, en la villa de Medina de Rioseco, abre su casa-taller, una familia de artistas que viene del reino de Flandes. Se apellidan Bocduc, nombre que, como acertadamente apuntan los señores Gestoso y Antón, debe de ser contracción del de su patria Bois-le-Duc, y que aparece castellanizado en la forma de Bolduque. Hasta hoy sólo tenemos noticia de tres hermanos: Juan Mateo, Pedro y Roque; este último trabaja fuera del taller familiar, unas veces al lado de Alonso Berruguete y otras en compañía de Guillén Ferrán. Su obra principal es el retablo mayor de Santa María de Cáceres (1551).

No sabemos fijamente cuándo aparecen avecindados en Rioseco. Nos inclinamos a creer que ésto sucedió después del año 1546. El taller debió de estar fuera del recinto murado, posiblemente en la plaza del Mata-dero, cerca de donde Juní empezó a labrar las esculturas del retablo de Santa María. Encontramos la primera noticia en un libro de cuentas hecho por el Ayuntamiento con motivo de los funerales del Emperador Carlos I. Aparece tallando la corona real y los pilares del túmulo, por cuya labor recibe dos mil ciento



San Blas, de Pedro de Bolduque.

noventa maravedís. Por entonces, con sus compañeros Antonio Martínez, imaginero, y Miguel Rodríguez, entallador, labran el retablo mayor de la iglesia parroquial de San Miguel de Tordehumos.

Un paréntesis de diez años nos dejan los documentos conocidos hasta la fecha, durante el cual ignoramos el número de obras que salieron de sus gubias. En el mes de agosto le hallamos en el pueblecito palentino de Capillas, tomando medidas de la capilla mayor del templo de San Agustín, donde había de asentarse un retablo.

Presentan trazas y condiciones los hermanos Bolduque, Inocencio Berruguete y seguramente algún artista de Palencia. Pero la autoridad eclesiástica «ynformados de la abelidad de dichos Juan

Matheo de Bolduque y de sus hermanos», ordena a los curas y mayordomos que sólo con éstos se formalice la escritura de concierto. Otórgase en Medina de Rioseco el 2 de setiembre de 1568; para obra tan importante es documento demasiado lacónico, pues nada dice de las modalidades artísticas; se remite a un diseño presentado por el maestro. Indica la madera que debe ser empleada, de pino de Soria y tejo para la parte arquitectónica, y las figuras y relieves, de peral, y el coste total de la obra, cuatrocientos cincuenta ducados, más los días que empleare en asentarle le abonarán la posada «e de come e beber».

El retablo cubre todo el muro del ábside hasta topar con el arranque de la bóveda. Es de estilo plateresco; hay una justa ponderación en todos los elementos: columnas, grutescos, medallones, relieves y esculturas, están tratadas con primor y maestría. Sus autores, dentro de un escogido núcleo de artistas —Gaspar Becerra, Esteban Jordán, Inocencio Berruguete, Manuel Álvarez, Diego de Roa—, representa la transición entre el movimiento renacentista importado de Italia y la manera de hacer y sentir en castellano la estatuaría religiosa. Especialmente Miguel Angel deja honda huella en su manera de concebir y componer. Sirva de ejemplo el gran relieve del Juicio Final, que luce el retablo al lado de la Epístola; está inspirado en la pintura mural del mismo nombre de la capilla Sixtina.

En la parte superior Jesús juzgador, cerca María y San Juan en actitud suplicante; ángeles con atributos de la pasión y de fondo los elegidos. En la parte inferior la sombría laguna Estigia con la barca de Carón llevando a los réprobos: «El demonio Carón con ojos de ascua, haciendo una señal los fué reuniendo, golpeando con su remo a los que se rezagaban... De aquella tierra de lágrimas salió un viento que produjo rojizos relámpagos...» (1). En tonos rojizos



San Esteban, de Pedro de Boiduque.

(1) Dante, «La Divina Comedia», Canto III.

están manchadas las figuras, que se retuercen con horribles muecas de dolor. La policromía corrió a cargo de Pedro Díez, pintor de la escuela vallisoletana, que por aquellos días se obligaba a dorar y encarnar un Crucifijo y un San Esteban para el retablo mayor de Santiago de Rioseco (2).

En 23 de julio de 1565, Mateo de Bolduque firma una escritura de capitulaciones con Nicolás de Holanda, entallador, que contrae nupcias con su hija María Enríquez, y dos años después hace unos bancos para la iglesia de Villalombros. A partir del año 1570, no volvemos a encontrar el nombre de Mateo, en ningún documento, quizá falleciera por esta fecha.

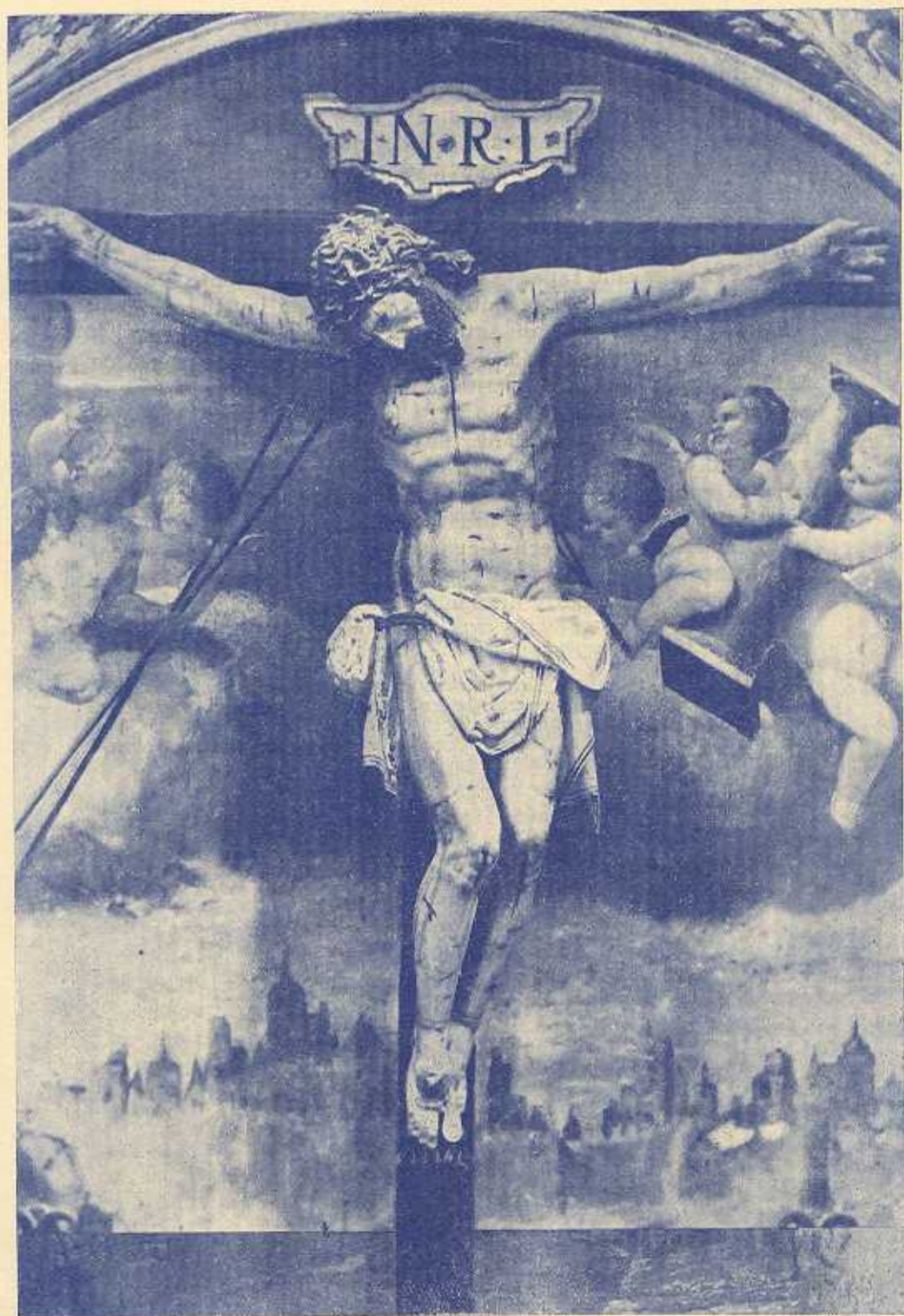
En el 1573, Pedro de Bolduque aparece en compañía de Juan de Juni y Francisco de Logroño, labrando el retablo de Santa María. Juni lleva la dirección, mas a su cargo corre la mitad de las obras, que eran la parte correspondiente al banco y primer cuerpo, lo restante lo habían de labrar su compañeros conforme a los moldes de barro y cera entregados por el maestro. Muere Juni, y la obra pasa a manos de Esteban Jordán, que toma como colaboradores a Pedro de Bolduque y a su sobrino Mateo Enríquez (3).

En el libro de fábrica del templo de Santiago, hay diversas cantidades libradas a favor de Bolduque por la hechura de unos ciriales de madera de nogal torneados y labrados y por cierta reforma que llevó a cabo en el viejo retablo mayor. Señala las esculturas de un Crucifijo y un San Esteban, que con el San Blas, que tenía la iglesia del mismo artista, debían de coronar el retablo (4).

(2) Año 1593.—«Mas se descargan quinze mill mrs que se dieron a Pedro Díez, pintor y estofador vecino de la villa de Vallid que reside a la sazón en Capillas dorando el rretablo porque dorase y estofase el Sant Esteban y encarnase e dorase el Crucificado que se pusieron en el retablo como se concerto con el dicho cura Valdeñanas e dello mostro carta de pago.»—Libro de fábrica del templo de Santiago. Archivo de Santa María.

(3) Esteban García Chico, «Documentos para el estudio del Arte en Castilla», Tomo II. Escultores.—Publicado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Madrid. Año 1941.

(4) «Mas se le descargan setenta e cinco mill maravedis que pago a Pedro de Bolduque escultor y entallador vecino de la villa por el añadimiento del retablo del altar mayor de la dicha yglesia que por mandamiento y licencia del obispo de Palencia se mando hazer porque no se perdiesen los tableros viejos y se comunico la dicha licencia al licenciado Valdecañas cura de la yglesia el qual con los demas oficiales e mayordomos se juntaron a dar traza de lo que mas conviniese al dicho añadimiento y adorno del dicho rretablo que el dicho Pedro de Bolduque dio traza en un papel escrito con el dicho concierto e que por la dicha traza le acabaria el dicho retablo... y le daría acabado de manos y aria en el un Christo Crucificado para el re-



Sacristía de Santiago.—«Cristo de la Clemencia», de Pedro de Bolduque, 1592.

El Cristo es una talla magnífica, un desnudo impecable y armonioso, que culmina en manos y pies tratados con primor. A la cabeza, que ya abandonó la vida, dan serena expresión de dulzura los ojos casi cerrados y la boca entreabierta, donde parecen prendidas las últimas palabras. Ofrece gran analogía en su concepción y factura con las tallas de Becerra.

San Blas y San Esteban son imágenes monumentales, labradas en el mismo taller. San Blas, revestido de pontifical, con mitra y báculo, en pie, levantada la diestra en actitud de bendecir, recuerda la de San Agustín del retablo de Capillas.

El 28 de octubre de 1593, en el locutorio del monasterio de Santa Clara, firma una escritura de capitulaciones, en la que se obliga a labrar un retablo para la capilla mayor. Dos años más tarde, Miguel de Saldaña, pintor vecino de Ríoseco, encárgase de dorar y estofar, con otro hecho por el mismo Bolduque para la capilla de Luis Martínez, en la iglesia conventual de San Pedro Mártir. Ambas obras perdidas.

Después de esta fecha, guardan silencio los documentos. Seguramente debió de morir por el año 1596, dejando al frente del taller a su sobrino y discípulo Mateo Enriquez.

mate del retablo e mas un Sant Esteban grande y le asentaria juntamente con una custodia de pino y puerta de nogal con un Cristo resucitado y dos santos San Pedro y San Pablo todo a su costa fuera de los andamios que esto queda de la yglesia...» Libro de Cuentas del templo de Santiago. Archivo parroquial de Santa María.

Medina de Río seco: Rapsodia de los días

por F. Casas y Ruiz del Arbol



EN la vida moderna de las grandes urbes, todo aturde, abruma y desconcierta. Vértigo, estridencia, ruido, precipitación, espasmo febril, que a veces rinde y desespera. Se vive encasillado en las celdas de las colmenas de las casas modernas, y en la fila india de las gentes en las calles. Es la metrópoli ultracivilizada, que exige atención al ánimo y que pone los nervios en tensión. Aquí, como en todos los burgos pequeños cargados de historia, cuyos recuerdos son airones románticos del moderno vivir, se desliza lenta la procesión de los días. Los ruidos son apagados y monótonos, y no impiden oír la algarabía de los gorriones, que desde los árboles y tejados vierten en la paz mañanera la confusa pero tierna sonata de su alegre píar. Las calles poco concurridas, el parque y los cercanos paseos, y por fin el campo abierto y cuajado de soledad, alegran el ánimo con una inefable sensación de independencia y de libertad. Nos parece que todo es nuestro, sin disputas de extraños, y que a nuestra disposición está todo, sin que para lograrlo nos torturen ni la ansiedad ni la precipitación.

La complicación de la vida, los adelantos técnicos, las aglomeraciones urbanas, el progreso en una palabra, sólo puede mantenerse a costa de que el hombre pierda una buena parte de su libertad, pues es preciso regular hasta los nimios actos individuales, en beneficio de la mejor convivencia de la colectividad. Y a vida más progresiva corresponde mayor mengua de

aquella soberana facultad, que va siendo cada vez más un mito o una ilusión.

Aquí esas necesarias, pero al cabo odiosas limitaciones, están reducidas al mínimo, y el paso de los días se aroma con la sensación de ser uno dueño de sí, y de exprimir de los días el agri-dulce gusto del vivir.

En algunas ciudades viejas, similares a ésta, la vida actual va dejando, con los ruidos que en ellas introduce el progreso, toda la prosa indigesta y uniforme de la vulgaridad. Se va perdiendo poco a poco el sello castizo, la peculiar manera de ser, las soleras añejas, el sello autóctono, todo lo que constituye la distinción y originalidad local; y parece que se van quedando sin alma propia al adoptar los aires adocenados y universales de la actualidad.

Pero aquí, no, porque todavía hay un sabor de cosa propia que no ha amargado la hiel del ultraprogreso, y entre la prosa de los días late oculta una rapsodia sencilla, como expresión de un recóndito lirismo.

Es, por ejemplo, un día plácido, de horas lucientes. El sol vuelca su joyero de luz sobre la tierra, como una bendición llena de promesas para los que trabajan y esperan. Es día de trabajo y está afanosa la gente en su labor. Trabaja entre el pardo caserío, dorado por los resplandores de la vívida luz. Con ruidos unos, en silencio otros, todos laboran con tranquilidad. Golpes de herramientas, ruidos de talleres, acaso el zumbido de un motor, se oyen de un lado y de otro, alterando levemente la tupida paz.

Y trabaja también el campo, cubierto a trechos por el verdorín de los sembrados. El labrador desparrama sus yuntas por el barbecho y las vertederas vuelcan al sol la tierra profunda, trazando en el gris barbecho un oscuro surco, semejando línea negra que trazara mano temblona en blanco papel. Rejas, cuchillas y vertederas destellan aquí y allá, en la hendida tierra que exhala tenues vapores que disipa el sol.

Es, por el contrario, un día triste y huraño, de excepción en esta tierra llana, bañada de ordinario en una radiante claridad. Se velan las transparencias en el ceñudo horizonte y se apoyan en los bordes de los páramos los telones de las plumizas nubes. Acaso las briznas de las calles corren a girar en las espirales de los vientos, hasta que luego quedan pegadas a la tierra por el agua de la lluvia, que arranca a la tierra reseca un vaho que se antoja promesa de fertilidad.

Se deslizan las gotas por la tersura de los cristales, y a su

través se advierte el brillar de las calles, donde los chorros de gárgolas y canalones se precipitan sobre losas y guijarros, mientras los charcos se agujerean con las gotas, y parece que el barro humedecido de los tapias se disgrega en amenaza de disolución.

Pero alegres o tristes, radiantes o sombríos, los días se suceden sin vértigos ni ruidos, sin rigores del ánimo y sin nervios en tensión, ya que el aparato de todo esto que llamamos ultracivilización no ha lanzado hasta aquí los tentáculos que oprimen y detienen nuestra sensibilidad.

Todavía se puede llegar a la ciudad en un tren anacrónico, muy siglo XIX, y si hay sirenas de fábricas y altavoces de radio, sus ruidos no enturbian el ritmo propio de los días urbanos, sólo alterados con clamores de campanas, pregones mercantiles, rodar de carritos de aguadores, sonar de pisadas transeúntes, acaso notas de piano que caen desde un balcón y, en fin, todos los ruidos y rumores que son el bullicio apagado, discreto y lento de la ciudad, que ni aturde ni desconcierta, porque la estridencia y el ruido para no ser molestos se hacen fugaces.

Y la vista no se ha desquiciado un poco, como ocurre en otras ciudades viejas donde la afluencia de gentes extrañas a su vivir, gentes sin arraigo y entronque espiritual, van dejando sin querer la influencia de su desvinculación local.

Tiene Río seco todavía un regusto inexplicable de cosa propia a saborear en la intimidad, y se extraña la vulgaridad de las cosas nuevas vulgares, como se extraña la presencia del poste de hierro entre los porches de madera y la fachada horrenda de cemento entre los lienzos renegridos de la antigua edificación.

Y junto a restos de tradiciones y costumbres, que ponen la sal de lo peculiar, están los sencillos motivos de la vida cotidiana, y todos los días pasa frente a nosotros la misma persona, y sabemos a dónde va, y está en la esquina el mismo puesto callejero con sus fútiles mercancías, y vemos el mismo corrillo de desocupados en la solana y al mismo tendero detrás de su mostrador, y sentimos los golpes de las fichas en la misma partida de «dominó», y sin reloj sabemos la hora porque uno entra o sale con la misma matemática puntualidad.

Y en los tiempos crudos de hielo o inflamados de sol, paseamos bajo los soportales, y llegamos en los días amables hasta la «viña grande», y buscamos el dosel de los árboles del parque al cuajar de la primavera, y contemplamos desde el Castillo la puesta del sol en el estío, y vamos tras la blandura de «la glo-

ria» cuando nos punzan las agujas del cierzo, y nos sentamos en la misma silla del coro en la iglesia parroquial, y buscamos las mismas voces amigas a la misma hora y en el mismo rincón...

Todas son cosas nimias, bagatelas sin transcendencia para el que no esté vinculado a la vida de la urbe con lazos de afectación, pero que forman la urdimbre de los días, que nos envuelven con el hechizo de no tener tiempo para nada, sin tener nada que hacer, atándonos con lazos suaves, que no impiden para nada a los matices de nuestra libertad, por lo que siendo la ciudad pequeña nos parece grande, y siendo monótona se nos ofrece variada.

La inquietud del espíritu nos invita a veces a escapar. El coche mecánico que nos salpica de polvo o de barro en la carretera, nos salpica también el espíritu con ansias de caminar, de dejar la quietud y el conformismo, y de marchar no sabemos en busca de qué, tal vez de los parajes montañosos que por el norte se adivinan con las cumbres de unas montañas nevadas, que desde aquí se ven brillar como gemas heridas por el sol; tal vez de la metrópoli añorada que fatiga el ánimo y que pone los nervios en tensión, allí donde el progreso va convirtiendo la individual libertad en un mito o una ilusión.

Pero se piensa que la fatiga del camino no compensa nunca el ansia de llegar, y que el deseo de la meta nunca tiene realidad, porque coronado un horizonte siempre hay otro, y otro, que está detrás, y que llamándonos sin cesar, nos impone la tortura de un espejismo que no lograremos deshacer.

Si en uno o en otro horizonte hemos de caer, al fin, vencidos y desesperanzados, queremos quedar aquí tranquilos y descansados, dejando que vuelen las locas libélulas de nuestras inquietudes, mientras miramos, por ejemplo, cómo mancha el sol poniente las moles color malva de las cercanas colinas con los bermejos pinceles de su luz, y cómo arranca fugaces lumbreras de los vidrios de los altos ventanales de la ciudad, en tanto que calla la campiña como esperando a que la noche venga a besarla con un ósculo de misterio y de paz. Que en el grato momento la poesía nos parecerá un momento realidad, y no apeterceremos cambiar su dulzura por ninguna inquietud.

Lo triste es dejar el regazo de la ciudad silente y volver a ser viajeros de todos los caminos. Entonces, interrumpida la paz entrañable, se nos habrá acabado el oculto lirismo de la urbe con la rapsodia de sus días.

Medina de Rioseco

por Ricardo Ruiz Rabre

*...Y a Doña Urraca, mi hermana,
Decid que me dé esa villa
Por gran haber o gran cambio
Como a ella mejor sería.
A Medina de Rioseco
Yo por ella le daría.*

(ROMANCERO DEL CID.)



ESTOS días en Medina, teniendo por guía a un riosecano, conocedor y amante de su patria chica, es demasiado tiempo para tratar de ella con la ligereza de un relato de viaje y demasiado poco para amasar con mis manos el mejor trigo de España y presentar mi obra en la mesa de un público entendido que puede descubrir sus defectos.

Cubierto por mi buena voluntad y entusiasmo, me atrevo a pedir la benevolencia de los lectores con la promesa de reducirme en lo posible a mis experiencias personales.

Mis accesos a Medina —carretera de Gijón, ferrocarriles de Palencia y Valladolid— me la han presentado siempre demasiado cercana, como encontrada a la salida de un recodo. Momentos después la emoción de los saludos me nublaba la vista para la perspectiva serena.

Pero sin duda desde las otras tres entradas principales —carreteras de Zamora y Palencia, ferrocarril de Palanquinos— se divisa la ciudad desde la lejanía, asentada como una matrona en uno de los cerros centrales de la Tierra de Campos; de más cerca se ve trepar pendiente arriba su compacto caserío arrojando la jefatura natural de sus cuatro iglesias monumentales.

—Mira —me decía hace poco un amigo, queriendo dar impulso a estas líneas—, habla de la repoblación de los Campos Góticos por Alfonso III, que de ahí le viene su nombre a la Tierra de Campos; de su resistencia al Duque de Lancaster, de donde sacó Medina su limpio escudo y el título de «Muy Noble y Muy Leal» que le otorgó Juan I; de su intervención en el

derrocamiento de D. Alvaro de Luna; de su contribución a la batalla de Villalar contra los Comuneros; de los Almirantes de Castilla, o si quieres algo más reciente, de los tres mil quinientos patriotas españoles que hallaron blando lecho entre sus trigales en la batalla de Mocín.

Todo eso me suena a pedantería —contesté yo—. Además me aparta de mi ruta de la impresión directa y lo creo inútil, porque los habitantes de Medina no desconocen su historia.

En mi primera visita en el año 1946, al pasear por sus calles sentí la impresión de encontrarme en un ciudad medieval. El nombre de Medina, el bellissimo arco de Ajújar y la disposición de sus calles escalando el cerro, me hablaron de su ascendencia árabe. Las grandiosas iglesias, el silencio que la envuelve, la religiosidad y nobleza casi instintiva de sus moradores, pregonaban el temple de los caballeros cristianos que se asentaron en ella y le dieron primacía entre las ciudades castellanas. Era en día de misiones y asistí a una procesión en la que se volcaba todo el pueblo con un orden y recogimiento de los que no se pueden improvisar, herencia de una tradición secular.

La entrada en una de las glorias de Ríoseco, su Circulo de Artesanos, lleno de vida, donde parece que perviven los gremios y cofradías medievales, afianzaron en mí la impresión primera. Por la noche me dió cómoda hospitalidad una casona antigua que era un pequeño laberinto de patios interiores, bodegas y corrales. Creo que hasta soñé con un episodio de romance.

El día siguiente lo dedicamos a visitar las iglesias. Santa María, un joyero gótico del siglo XVI. En él las joyas de su retablo, su coro, su custodia de Antonio de Arfe, sus rejas de Cristóbal de Andino y Francisco Martínez y sobre todo el portento de la capilla de Alvaro de Benavente, donde vertieron su esencia dos artistas geniales: Jerónimo del Corral y Juan de Juni. Que nadie pretenda conocer a Juan de Juni, el más patético y realista de nuestros imagineros del Siglo de Oro, sin contemplar el retablo de esta capilla y las dos terracotas de la iglesia de San Francisco, milagros de expresión y realismo. Corona a Santa María una torre de 68 metros de altura, verdadero gallardete de Medina a los cuatro vientos de la llanura, a la que remató con una mágica linterna del mejor barroco del siglo XVIII el arquitecto riosecano Pedro Sierra.

Santa Cruz es una muestra grandiosa del arte herreriano. ¿Fué Herrera el autor del plano? ¿Fué Gil de Hontañón? También en este monumento pone lo mejor de su arte Pedro Sierra labrando las figuras y relieves de la fachada.

Pero, para mi gusto, la maravilla de esta iglesia es una imagen de la Virgen, de pequeña talla, del siglo XVIII, de expresión tan dulce y acabada que sólo admite comparación con la Inmaculada de Alonso Cano en la Catedral de Granada.

La parroquia de Santiago tiene para mí algo anecdótico. Habíamos admirado la portada plateresca, y la fachada principal de orden toscano. Su grandiosidad, vista de cerca, nos había aplastado. Penetramos en su interior. Por las ventanas altas de las naves la luz del atardecer se proyectaba en la bóveda y dejaba en penumbra la parte inferior. La Cruz de Santiago, plasmada en los medallones del techo me absorbió de tal modo, que seguí avanzando sin darme cuenta de los dos escalones de su entrada. Perdí pie y anduve unos cinco metros con más prisa de la que pensaba hasta recobrar mi equilibrio. Pasado este incidente pude recrearme en su magnífico retablo, la Dolorosa y el Nazareno, obras notables que forman parte de los pasos de la Semana Santa.

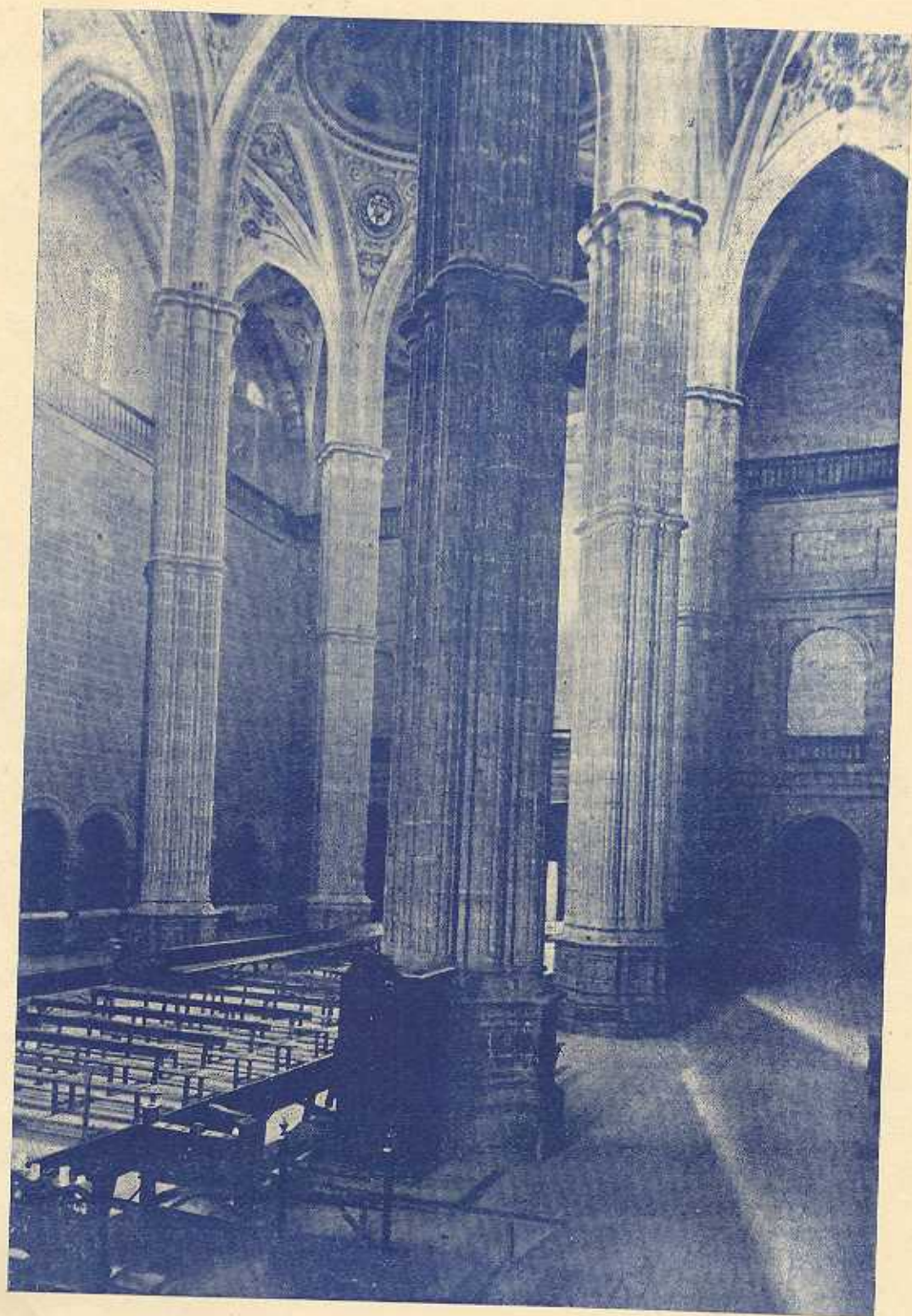
En mi segunda visita del año 1952, me pareció captar otro aspecto, no menos interesante, de la ciudad.

Corrían los primeros días de agosto. El campo se hallaba en plena recolección. Desde lo alto de la torre de Santa María divisé cómo una veintena de tractores que mordían las parvas en todas direcciones y su ruido, mezclado al de las trilladoras, llegaba a la altura sin estridencias; parecía casi humano.

¡Cuánta alegría me produjo el ver a esta ciudad, tan cargada de historia ocupar un lugar de vanguardia en la batalla de la producción!

En la Plaza Mayor la torre mudéjar del Ayuntamiento contemplaba asombrada otro milagro. Una arteria negra ascendía hasta aquel lugar en zanja aún no cubierta, y dejaba libre en ruidosos borbotones un agua limpia y fresca que volvía a descender silenciosa, abriéndose paso en el empedrado de la calle. Como vi gran cantidad de estas arterias apiladas en el patio de la iglesia de San Francisco, tengo la seguridad de que habrá remontado la cumbre para dar la mano al agua centenaria del Canal de Castilla que trae sobre su lomo a Rioseco las barcas cargadas de trigo.

Desde la ventanilla del autobús de León en marcha vi a la contraluz de la tarde las moles enormes de sus templos, testigos del antiguo esplendor de la ciudad, y me consolaba pensando que, pasada la fiebre de la industrialización, sonará también en España la hora del Campo y volverá la prosperidad a estas ciudades prósperas de Castilla, que nunca debieran haberla perdido.



Interior del templo de Santiago.

Futuro de la ciudad

por Dámaso D. Rumayor



En otro lugar de esta Revista verán los lectores un trabajo de nuestro ilustre paisano D. Justo González Garrido que, con su galanura acostumbrada, nos habla del esplendoroso pasado de nuestra querida ciudad. Me ha instado mi querido pariente y admirado compañero a que haga yo lo que no ha podido hacer él por temor a extenderse demasiado en su artículo, dejándolo esbozado al final del mismo. Quiere que yo escriba sobre el porvenir de Río seco, que vaticina brillante y a la altura de su pasado. No puedo ni debo dejar de atender de alguna manera al amable requerimiento, a pesar de que me expongo a una abrumadora comparación de la cual tan mal parado puedo salir. Allá voy, sin embargo.

Sin incurrir, creo yo, en un bobalicón e injustificado optimismo, no dudo en pronosticar para nuestra querida ciudad tiempos de prosperidad y grandeza. ¿Por qué no? La actual generación de riosecanos no está desprovista de aquella magnífica solera castellana de que tan gran acopio hubo en Río seco en las pasadas centurias. Los hombres de hoy, hijos de los de ayer, conservan, a no dudar, muchas de aquellas cualidades de la raza que, un poco adormecidas, acaso, no han de tardar en experimentar una pujante floración. El prestigio histórico de nuestra ciudad, su admirable emplazamiento, el talento y laboriosidad de sus hijos, la riqueza de su suelo, los modernos y abundantísimos medios de cultivo y las obras de riego, terminadas unas y otras proyectadas, aseguran a Río seco un porvenir brillantísimo para sus actividades intelectuales, mercantiles, industriales y agrícolas.

Va a ser muy pronto Río seco cabeza de una comarca donde lo material y lo espiritual, en íntima unión y compenetración, han de ser factores decisivos para el engrandecimiento y prestigio destacado de este recio y sobrio solar castellano donde nos cupo la suerte de nacer. Las industrias recientemente establecidas en Río seco y pueblos de su partido, la muy próxima creación de una Escuela de Capataces Agrícolas, proyectada para La Espina, auguran lo primero; el futuro y radiante, a no dudar, foco de espiritualidad a establecer en Villagarcía por los Hijos de San Ignacio, aseguran cumplidamente lo segundo. Río seco ha de coordinar y centralizar todo esto para con justísima razón beneficiarse en consecuencia. En esta coyuntura tan favorable los hombres de la comarca riosecana deben estar a la altura del cometido, preparados y capacitados convenientemente para la tarea que les aguarda.

Tuvo siempre Río seco hombres destacados en las distintas actividades profesionales y también en la actualidad dispone con abundancia de ellos aunque, acaso, diseminados y desunidos en demasia. Debe ser aspiración de todos un mayor acercamiento y una más eficaz compenetración, y acaso esta tarea, al menos en lo intelectual, deba ser brindada al prestigioso Colegio de San Buenaventura, antiguo vivero de tantos y tan eficaces hombres, doctos en saber y entender y del cual constantemente está saliendo lo más granado de Río seco y su comarca. Este otro foco de intelectualidad con que cuenta nuestra población, debe ser cuidado y atendido siempre con el exquisito esmero que observamos en la actualidad.

Esta vitalidad periódica, a raíz de la proximidad de la Semana Santa, que se refleja en esta Revista que tienes, lector, en tus manos, puede y debe hacerse perdurable durante todo el año, y para ello nada mejor que procurarnos un elemento idóneo que aune voluntades, agrupe fuerzas dispersas, estimule dormidas facultades y oriente y dirija a todos al logro de metas de fácil realización cuando, como en este caso ocurre, se dispone de hombres sobrados para ello. Del Colegio de San Buenaventura, pues, debe salir una revista periódica, que agrupando alumnos, exalumnos y simpatizantes, realice esta tarea tan deseable, que ha de llevarnos, a no dudar, al engrandecimiento riosecano que nos haga dignos sucesores de aquellos hombres, nuestros antepasados, que alzaron la villa a ciudad, que la hicieron ilustre y a la que adornaron con templos catedralicios que son la admiración de cuantos nos visitan.

La calle de la Cuesta y las Nieves

por C. Costilla Chico



PUEDA resultar curioso recorrer en las villas y ciudades, calles centenarias, reviviendo historietas, anécdotas, escenas pintorescas entre rufianes y cortesanos, vida religiosa y hasta leyendas picarescas salpicadas de fina sátira por mercaderes y aventureros. Si a esto se sumasen jirones de la historia de Castilla avalados por reconocidos historiadores nacionales es tan interesante como curioso retroceder hasta cinco siglos para buscar los tiempos de mayor florecimiento político y cultural de las vetustas y legendarias rúas.

Afirmamos que el historial de cada calle se determina por su situación geográfica en relación directa con las casas o centros oficiales y mercantiles. Los castillos y los mercados, o política y estómago por un lado y trabajo y religión por otro, necesario para cuerpo y alma.

Los Soportales, las calles de la «La Sal» y «Lienzos» y la Calle de la Cuesta ocupan el lugar destacado de preferencia en la época de los castillos, en que la vida local de Medina de Rioseco se movía dentro de los angostos límites de sus murallas. Las vías de comunicación —llámense caminos de herradura o veredas de trashumantes como en la época de los celtíberos— son deficientillas y tienen consideración secundaria.

Las puertas de Zamora, muy cerca del viejo castillo a poca distancia de la «puerta de posa» inmediata al puente romano sobre el río Sequillo está la Calle de la Cuesta y por su emplazamiento no puede menos de ser la arteria principal de la Villa.

Al llegar la noche, por nada se abrían las puertas. De ahí las posadas inmediatas a la muralla y el poblado de Nuestra Señora de Posadas a media legua y casi límite con la cañada de Valladolid, refugio de caminantes. El niño Jeromín, el que al correr de los años fué el primer marino español Don Juan de Austria, pernoctó en tales posadas de aldeano.

A buen seguro que por el desnivel inicial con la Rúa de Pañeros (hoy frente al Ambulatorio del Seguro de Enfermedad) y por las dos costanillas que parten para el castillo, la Calle de la Cuesta debe su nombre.

En la cronología de los hechos, se van escribiendo episodios que anota nuestra historia patria. Cuando el reino de Castilla era gobernado por Juan II, vencidos y recelosos de la batalla de Olmedo formaron confederaciones contra el privado y Condestable Don Alvaro de Luna.

De riguroso incógnito para las gentes, caballeros de capa y espada cruzan la Calle de la Cuesta. Son los Condes de Castrol, de Benavente, de Haro y de Plasencia y el guerrero linajudo Don Rodrigo Manrique, para tramar una conjura sobre la gobernación del reino. Una noche primaveral de 1453, con ceremonial sigiloso se baja el puente levadizo del Castillo y pasan el Príncipe Don Enrique y el Rey de Navarra que con otros nobles asisten a una secreta junta que en su alcázar preside el Almirante Don Fadrique para «hacer libre la voluntad del Rey», libertar a Pedro de Quíñones y terminar con el Condestable. Cuentan con la voluntad decidida de la Reina Isabel de Portugal, esposa del Monarca, y todo culmina con el fin trágico de Alvaro de Luna, que al decir de Menéndez Pelayo, tiene un «pedestal de gloria» ensangrentando un cadalso en Valladolid.

Estas sangrientas jornadas han sido narradas en un drama en verso de Eduardo Marquina, «Doña María la Brava», y con la voz de la inmortal actriz María Guerrero llegó a los escenarios del habla de Cervantes el nombre del castillo de Ríoseco. La misma obra se llevó hace ocho años a la pantalla con diálogos de Don Francisco de Cossío, produciendo a los ríosecanos viva emoción.

Tras los funerales de Juan II, los ríosecanos ponen la nota ruidosa de regocijo popular en la Calle de la Cuesta. Son los vecinos que por breves meses notaron la ausencia de su Almirante. El que antes asistió a la junta presidida por su tío Don Fadrique y ahora nuevo rey de Castilla, Enrique IV, devuelve los bienes que confiscó su padre por hacer causa común con su otro pariente el rey de Navarra. (Libro IV de los Anales de Zu-

rita.) Parte de Ríoseco a raíz de esto al frente de sus pecheros a luchar contra los moros de Granada.

En la Edad Moderna los hechos históricos que tienen por escenario Calle y Castillo van en progresión creciente.

Una noche es estancia del Cardenal Adriano de Utré, más tarde el Papa Clemente VII, que como fiel guardián de Doña Juana de Castilla y regente —la enferma de amores— va a informar a sus leales aliados a la causa imperialista. (Historia de Don Modesto Lafuente.)

Parece que se va a librar una gran batalla contra Ríoseco, se cierran las puertas de la muralla y las gentes invaden la Calle ante la puerta de Zamora con la emoción de una lucha. Son miles y miles de soldados con semblante guerrero, lanza en ristre y deslumbrantes colorines en sus caballos asemejando a centauros de ensueño; in-

fantas en simétrica formación y por enseña el pendón morado de Castilla. El símbolo de la España del siglo de oro. España gobernada por españoles y primero Dios.

Eran los santos ejércitos del Obispo Acuña, con clérigos y soldados, los nobles caballeros de las Comunidades de Castilla, que van a definir la situación de los señores de Ríoseco. En esa mañana de sol plomizo de Noviembre de 1520 y sin librar batalla se retiran a Villabrágima y en Villalpando tienen su cuartel de invierno. Luego surge la defección del primer comunero, Pedro Girón, ganado por el guardián de Franciscanos



Puerta de las Nieves.

de Ríoseco Fray Antonio de Guevara —después Obispo de Mondoñedo y de Guadix— le lleva a la causa imperialista de Carlos I.

Una mañana abrileña de 1521, el pueblo, la ingente multitud inquieta y recelosa, contempla en la planicie entre la Calle de la Cuesta y el Castillo a un ejército aguerrido y perfecto. Eran los aliados de los Austrias, los que fueron a vencer en Villalar a las huestes de Padilla y luego piden clemencia para el vencido sin ser atendidos.

A estos episodios bélicos de la puerta de Zamora y Calle, se añade la hospitalidad del Castillo. Refiere el P. Luis Coloma en su libro «Jeromín» la llegada de este niño a Ríoseco, su admiración por los muros y almenas guarnecidos de artillería y «el pendón blasonado que ondeaba en la torre del homenaje anunciando a los viajeros según la antigua y señorial usanza, la ofrenda de franca y segura hospitalidad a todo el que la demandase». Ese niño a través de los años, es nada menos que Don Juan de Austria, el hermano de Felipe II y otra vez las puertas de lo que hoy son las Nieves, con sus seguros y fuertes herrajes se abren al cortejo que llega de Villagarcía de Campos al frente de Don Luis Quijada, su mujer Doña Magdalena de Ulloa y Don Juan de Austria portador del Santo Cristo de las Batallas, que en manos del primer marino español es el vencedor en Lepanto y héroe de la cristiandad, cual hombre enviado por Dios.

Si recordar estos hechos, pudiera ser suficiente para avalar la fama de esta tal calle, aún puede sumarse la de haber sido en un corral de ella el escenario al aire libre donde el fundador del teatro español, Lope de Rueda, en una jira de Valladolid a León (1555) y la comarca de Tierra de Campos, llena una y más veces el corral. Aplauden de corazón y comentan favorablemente en las representaciones de «Eufemia»..., «pasos» cortos saturados de sarcasmo popular, estrepitosas bufonadas de las que en frase de Fitzmaurice Kelly «lo mismo fueron perlas para encantar al populacho que un lirismo vivo de frases de delicada pureza». Esta fué la primera vez que se vió un teatro en Medina de Ríoseco y en esa Calle que hasta la literatura picaresca la menciona en el «Libro de Entretenimiento de la Picara Justina» del médico toledano Francisco López de Ubeda, oriunda de Mansilla de las Mulas, que pudo ser compañera de «Guzmán de Alfarache».

En fin; la Calle de la Cuesta, fué un trozo de la Villa hecho por el Todopoderoso para la paz riosecana cuando pasa por ella el Almirante para apadrinar en Valladolid las bodas de sus

sobrinos el Rey Fernando de Aragón con Isabel la Católica. Fué paso obligado de hidalgos, soldados, mercaderes, alcaldes, distinguidas dueñas y portadores de cartas perfumadas de amor a nobles damas o misivas de intrigas guerreras con las que se construyó la Historia de España. Calzada de reyes bañada por el río Sequillo en su lecho de espadaña. Escuela de caballeros cuando era noble y militar. Vereda de frailes; cuna de trabajadores y atalaya que desde la altiplanicie del Castillo contempla viñas y trigales, rebaños e industrias y por ello el matriarcado de la Madre de Dios no quiso relegarla al olvido y la dió su bendición teniendo su trono al final de la Calle, frente a la avanzada del derruido Castillo de los Almirantes de Castilla y encima de los cuatro arcos de la histórica puerta de Zamora, bajo la advocación de Nuestra Señora de las Nieves.

Nuestra Señora de las Nieves

Sabido es que en el año 1705, por causa del testamento de Carlos II «el Hechizado», el sol de la poderosa casa de los Almirantes de Castilla se hundió en el ocaso con Don Juan Tomás Enriquez, después de tres siglos y medio de señorío en Medina de Rioseco.

Rigiendo los destinos patrios la Casa de Borbón, es cuando el Regimiento vuelve a tomar posesión de un balcón con verja de hierro rematada con cuatro bolos angulares y de 17 pies sobre la Puerta de Zamora. Tal balcón fué donado en 1552 a sus señores los Almirantes para recreo y goce de cuanto gusten de mirar a la calle o lo que por bien tengan. El exterior es formado por cuatro arcos de medio punto de sillares con molduras en los arranques, ladrillo en la segunda parte, un gran balcón a la Calle de la Cuesta y campanita encima del tejado.

Un buen día los vecinos de la calle se reúnen en la sacristía de Santa Cruz a cuya jurisdicción eclesiástica pertenece la Puerta de Zamora. Reclaman el salón de encima de los arcos para honrar a Nuestra Señora de las Nieves. Las peticiones al Obispo de Palencia y al Regimiento fueron afirmativas.

Las postulaciones cubren las necesidades de la obra y la Virgen de las Nieves recibe culto en este nuevo oratorio con un retablo de seis metros de largo, estilo Churriguera, con cuatro columnitas.

Esta capillita tiene por remate una cúpula de media na-

ranja en cuya franja de base le lee: «A HONRA Y GLORIA DE DIOS Y DE MARIA SANTISIMA DE LAS NIEVES SE HIZO ESTA CAPILLA A COSTA DE LA HERMANDAD Y LIMOSNAS QUE DIERON LOS VECINOS DE RIOSECO AÑO 1722.»

En las cuatro pechinas hay pinturas de un riosecano del siglo XVIII, que son alegorías de misterios gloriosos de Nuestra Santa Madre.

La Virgen coronada viste trajes estampados y bordados dos veces seculares, agraciados con el Santo Rosario —muy análoga a la Virgen de la Cruz del Arco de Ajújar— y sus manos sustentan un ramo de flores. Su cara es serena, majestuosa y henchida de bondad. El decorado del altar se hizo en el año 1740 según consta en una cartela, siendo mayordomo Don Juan Antonio de Nicolas.

En el año 1928, siendo urgente el arreglo de la techumbre y subida por un desmonte y abandono de goteras, los vecinos, con el ilustre hidalgo Don José L. Frontaura y desde el semanario local «El Eco de Campos», reclaman la ayuda oficial.

Entonces Don Gregorio Chico Montes a raíz de estar al frente de la alcaldía, anuncia que las Nieves y el proyecto de traída de aguas son las dos cosas a realizar. Se cumplió el ofrecimiento y así consta en inscripción debajo del balcón que se ve desde la calle. No podía menos; casi vecino por un lado, y por otro, sobrino del historiador y poeta Don Ventura García Escobar que con su libro «El Castillo de Río seco» estaba obligado como riosecano a conservar esta obra arquitectónica.

Han pasado más de dos siglos desde que se fundó la primera cofradía y siguen siendo vecinos de la Calle los apellidos Mateo, Albeira, Estefanías, Benavides, Aguilares, Asensios y Matobellas, Margaretos y otros, que son los más devotos de esta Virgen que con misa solemne el día 5 de agosto celebra su fiesta principal y forma parte del cortejo procesional del Corpus.

El nacimiento de nuevos fieles en la calle y barrio se da a conocer muchas veces por el toque de la campana de las Nieves.

Las familias Asensio y Alvarez son los custodios de capilla, indumentaria y demás relativo a la Virgen, desde hace varias generaciones.

La Virgen de las Nieves está como recuerdo de pretéritas glorias, venerada por un trozo de la ciudad que se pone bajo su protección.

Rio seco, 16 febrero 1956.

SOLER

Le ofrece siempre la seguridad de una buena compra

Géneros de Punto.

En todas sus especialidades.

Altas Fantasías.

Blusas, Nikis, Rebecas, Chaquetones, Vestidos, Novedades.

Medias Cristal - Calcetines.

Departamento Caballero.

*Camisas, Nijamas, Corbatas, Chalecos, Prendas Sport,
Ante y Piel.*

Precios SOLER quiere decir Precios baratos



SOLER

ANUNCIO

SANTIAGO, 2 ESQUINA PLAZA MAYOR

TELEFONO 3691

VALLADOLID

Martín Ruiz

Casa REBOLLEDA



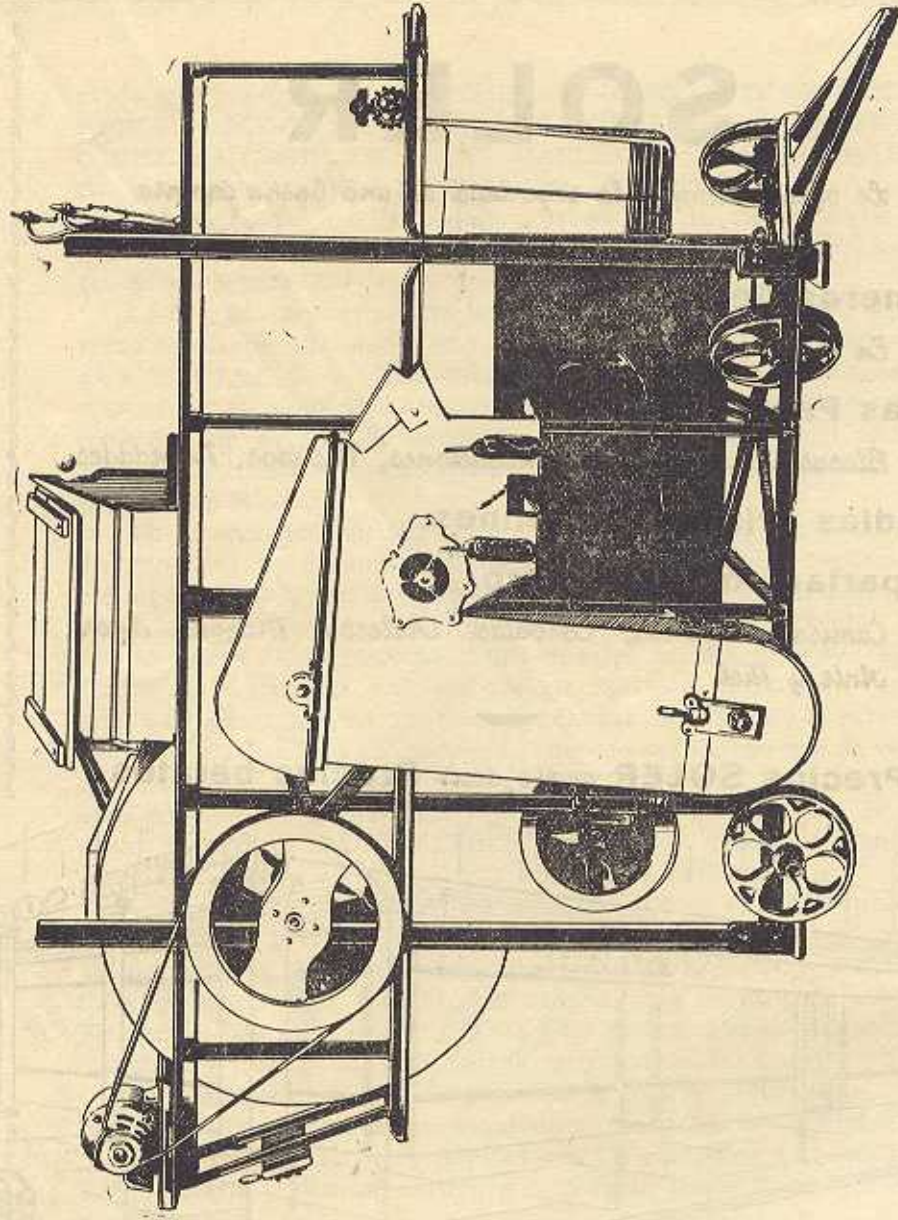
GRUPOS PARA RIEGOS
BOMBAS - MOTORES



Paulina Harriet, 16
Teléfono 2076

Sucursales en
Medina del Campo
y Salamanca

VALLADOLID



Maquinaria agrícola - Aventadoras "LA CASTELLANA"

En memoria de la

Pasión del Señor

el Ilustre Ayuntamiento, de acuerdo con el Clero y Gremios, y con la colaboración de F. E. T. y de las J. O. N.-S., ha dispuesto la celebración de los siguientes cultos:

Ocupará la Cátedra Sagrada el

Lic. D. Fulgencio Palencia Cabrera



25 de marzo. - DOMINGO DE RAMOS.

A las once. Función de Palmas en la iglesia de San Francisco y Procesión DE LA BORRIQUILLA. A las ocho de la noche de este día, como igualmente el Lunes Santo, Triduo Penitencial al Santísimo Cristo del Amparo en la iglesia de Santa María.

27 de marzo. - MARTES SANTO.

A las ocho de la noche, último día del Triduo Penitencial en mencionada iglesia de Santa María. A continuación solemne VIA CRUCIS PROCESIONAL, que partiendo de dicha iglesia se rezará por las calles como preparación para las grandes procesiones tradicionales.

28 de marzo. - MIÉRCOLES SANTO.

A las ocho y media de la noche, de la iglesia de San Francisco saldrá la Hermandad del Santísimo Cristo de la Paz, la que seguirá la misma carrera que la tradicional de las de Jueves y Viernes Santo. Los «pasos» estarán expuestos a la veneración de los fieles hasta las doce de la noche.



*Las más selectas colecciones
de paños y lanas para señora*

Sedería

Trajes de caballero

Confección

Alfombras

Tapicerías



Santiago, 24 bis

VALLADOLID

29 de marzo. - JUEVES SANTO.

En las iglesias parroquiales de Santa María y San Francisco y en los conventos, misa a las cinco de la tarde. Dentro de cada misa se administrará la Sagrada Comunión. A las seis de la tarde: Misa Solemne en la iglesia de Santiago y a la terminación del Evangelio SERMON DEL MANDATO. Terminada la misa, procesión DEL DOLOR. «Pasos»: *La Oración del Huerto, La Flagelación, Jesús Nazareno y La Dolorosa*. A continuación el Ayuntamiento en Corporación visitará los Monumentos.

30 de marzo. - VIERNES SANTO.

A las ocho de la mañana, en la iglesia de San Francisco SERMON DE PASION. A las diez y media, saldrá de dicha iglesia la Gran Procesión de PASION. «Pasos»: *Jesús atado a la Columna, Ecce Homo, Jesús Nazareno, La Desnudez y La Pasión*. A las cinco de la tarde, en las tres iglesias parroquiales y en los conventos, se celebrarán los Divinos Oficios, en los que se administrará la Sagrada Comunión. Terminados éstos, en la iglesia de Santa María SERMON Y PROCESION DE SOLEDAD. «Pasos»: *La Crucifixión, el Descendimiento, La Piedad, El Santo Sepulcro y La Soledad*. A las doce de la noche partirá de la iglesia de San Francisco la Procesión DEL SILENCIO.

31 de marzo. - SÁBADO SANTO.

A las once de la noche, SOLEMNE VIGILIA PAS-CUAL, en las Parroquias de Santa María y San Francisco.

1 de abril. - DOMINGO DE RESURRECCIÓN.

A las once y media, de la iglesia de Santa María, partirá la tradicional Procesión del SANTO ENCUENTRO; a continuación cultos de Resurrección con Sermón.

En el mes de marzo de 1956.

MANTEQUERIAS

ARIAS, S. A.

MEDINA DE RIOSECO



Procesión del Domingo de Ramos.—La entrada en Jerusalén.

Relación de Mayordomos para 1956

Santiago

<i>La Oración del Huerto.</i>	Julio Díez García.
<i>La Flagelación</i>	Valentín Novo Novo.
<i>Nazareno</i>	José San José Zárate.
<i>La Dolorosa</i>	Julián Álvarez Pérez.

San Francisco

<i>Santo Cristo de la Paz.</i>	José Ignacio García Blanco.
<i>Jesús Atado a la Co-</i> <i>lumna.</i>	Victorino Anlbarro Fernández
<i>Ecce-Homo</i>	Dionisio Galindo González.
<i>Jesús Nazareno</i>	Aurelio Garrido Argüello.
<i>La Desnudez</i>	Pedro Galván Galván.
<i>La Pasión</i>	Braulio Urbón Benayas.

Santa María

<i>La Crucifixión</i>	Victorino Alvarez Benavides.
<i>El Descendimiento</i>	Andrés Rodríguez Cid.
<i>La Piedad</i>	Pedro Martín Miguel.
<i>El Santo Sepulcro</i>	Eulogio Díez Lobato.
<i>La Soledad</i>	José Luis Sánchez.
<i>La Resurrección</i>	Federico Calvo del Valle.

CAMIONES DE TRANSPORTE

Alejandro Alonso



Cocheras y Oficinas:

Avenida de José Antonio

Medina de Río seco

San Ildefonso, núm. 11

Valladolid



Procesión del Jueves Santo.—Detalle del paso de la Flagelación.

Ideal Piquio

Heladería - Confitería - Repostería

Ferrari, 7

Teléfono 1225

La Ideal

Fábrica de Hielo y Cámaras

Portugalete, 7

Teléfono 2067

Cámaras Frigoríficas

Francisco Zarandona, 10

Salón Ideal

Heladería - Confitería

Cafetería

Desayunos - Meriendas

Santiago, 26

Teléfono 2656

JOSE PASCUAL MACIAS

VALLADOLID



Procesión del Jueves Santo.—Jesús Nazareno.

Gumer Galván

Almacén de piensos

Galvo Sotelo, 34

Teléfono 133

Coloniales

Onésimo Redondo, 8

Teléfono 25

MEDINA DE RIOSECO

RELOJERIA • BISUTERIA • OPTICA

Julio Sánchez Arévalo

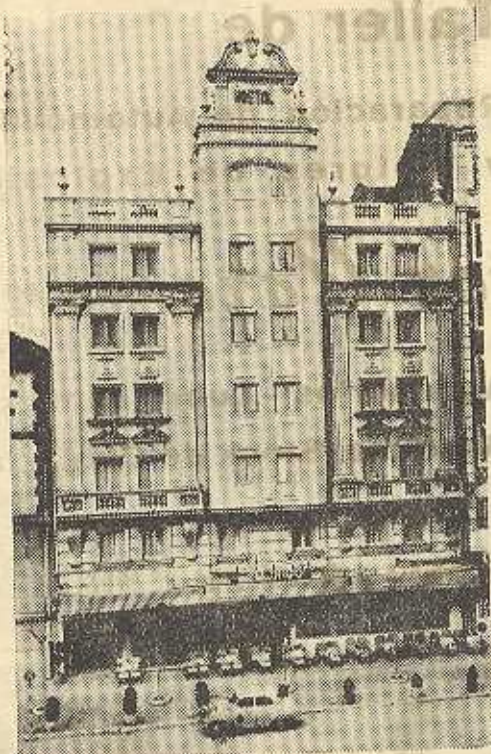
Confíe la realización de sus gafas a esta casa

SANTOS SANCHEZ

OPTICO DIPLOMADO

Lázaro Alonso, 65

Medina de Río seco



SU HOTEL EN VALLADOLID

HOSTAL FLORIDO

Teléfono 4417 (4 líneas)

110 Habitaciones

50 cuartos de baño

Lugar preferido para su boda,
su banquete, su Fiesta.

Taller de

**Reparación de Automóviles
y Motores de Explosión**

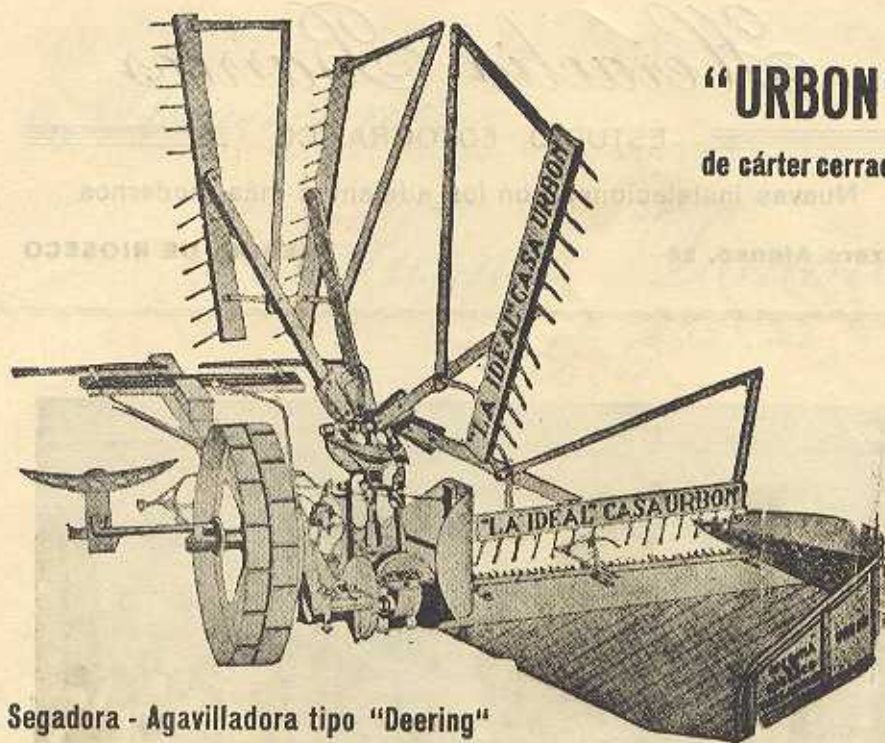
Victor Caramanzana

**Accesorios - Lubrificantes y
Gasolina-Stock de Cubiertas**

Avenida de José Antonio ◆ MEDINA DE RIOSECO ◆ Teléfono 30



Procesión del Jueves Santo.—Jesús Nazareno (Detalle).



"URBON"
de cárter cerrado

Segadora - Agavilladora tipo "Deering"

Se fabrican con peine tipo Danes y corriente.
Ruedas de goma o metálicas.



Casa URBON

Fundición y Talleres Mecánicos

Fábrica de maquinaria agrícola

Calvo Sotelo, 11

Teléfonos 63 y 26

Medina de Rioseco

Heracio Barrios

ESTUDIO FOTOGRAFICO

Nuevas instalaciones con los adelantos más modernos

Lázaro Alonso, 26

MEDINA DE RIOSECO



Procesión de la mañana del Viernes Santo.—Ecce Homo.

CURTIDOS

Jerónima GARCIA Alonso

PIELES FINAS
CORTES APARADOS
FORNITURAS

Medina de Rioseco

ARTICULOS PARA
ZAPATEROS Y
GUARNICIONEROS

LAZARO ALONSO, 34

Almacenes

Fuente Dorada

S. L.

Tejidos - Pañería

Paquetería - Géneros de punto

VENTAS MAYOR Y DETALL



Fuente Dorada, 3

Teléfono 4513 - Apartado 188

VALLADOLID

Amando Blanco Serrano

DROGUERIA
Y PERFUMERIA

Lázaro Alonso, 44

Medina de Río seco



Procesión de la mañana del Viernes Santo.—Detalle del Ecce Homo.

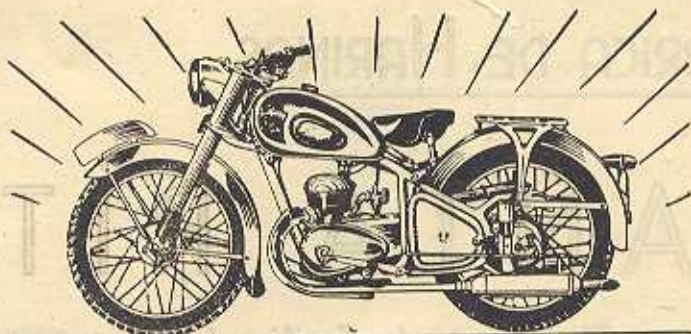
RELOJERIA



MAGDALENO

Plaza del Generalísimo, 4

MEDINA DE RIOSECO



Peugeot
MOVESA

Agencia Oficial para Medina de Río seco y su Partido



Faustino Sánchez González

BICICLETAS ORBEA Y ESPECIAL B. H.

RECEPTORES DE RADIO

PHILIPS

TELEFUNKEN

MAQUINAS DE COSER "ALFA"



Calle Lázaro Alonso, n.º 13

Teléfono 103

MEDINA DE RIOSECO

FABRICA DE HARINAS

SANTA RITA

Herederos de Emilio de Obeso



TELEFONO 45

MEDINA DE RIOSECO



*Procesión de la mañana del Viernes Santo.
Jesús Nazareno.*

Benjamin Lobo Valentin

DROGUERIA
y
PERFUMERIA

Lázaro Alonso, 63

Teléfono número 95

MEDINA DE RIOSECO



Summum S.L.

MAQUINAS DE ESCRIBIR - SUMADORAS - CALCULADORAS
MUEBLES DE OFICINA - CAJAS DE CAUDALES
APARATOS ELECTRICOS - LAVADORAS
ARMERIA Y DEPORTES

Grandes facilidades de pago
20 meses de crédito



Santiago, 5 - Teléfono 5450 - Apartado 283
Dirección Telegráfica: "BREFE" VALLADOLID

¡SEÑORA!

¡CABALLERO!

Si desea un RECEPTOR marca "INVICTA", "ASKAR",
"IBERIA"; LAVADORAS ELECTRICAS "OTSEIN", "TER",
"INVICTA", "IBERIA", "SIXTO" y "AGUI"; MAQUINAS DE
COSER "SIGMA"; BICICLETAS "ORBEA".

Las mejores Marcas con máxima garantía y plazos

Plácido Rodríguez

Lázaro Alonso, 12

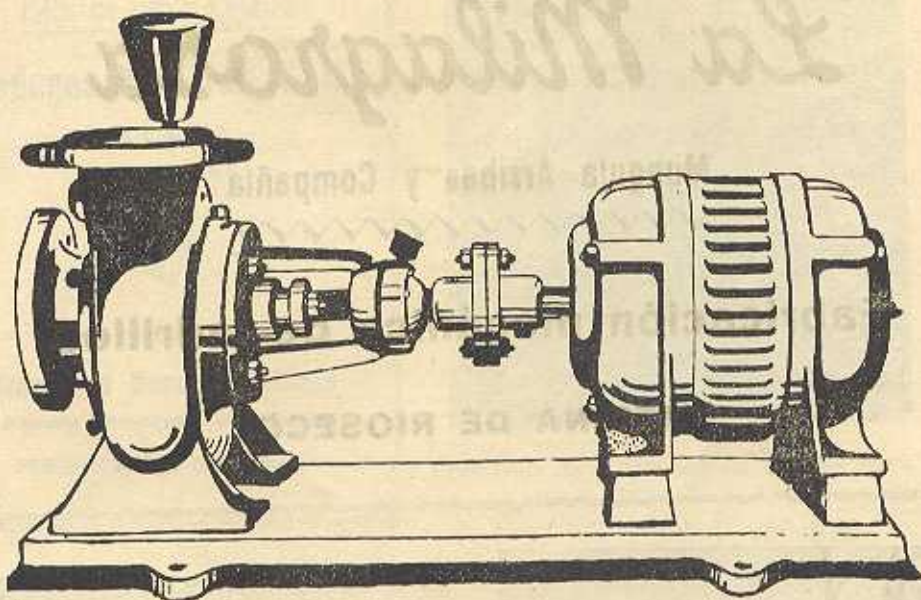
Medina de Río seco



Procesión de la mañana del Viernes Santo.—La Desnudez.

Bombas "RASAN"

MARCA REGISTRADA



Bombas centrífugas montadas sobre cojinetes de bolas



Grupos para riegos, eléctricos y de gasolina



Si le interesa una instalación completa, consúltenos

RAMON SANCHEZ

SANTA RITA (Travesía Paseo San Vicente), 11

Teléfono 3438

VALLADOLID

CERAMICA

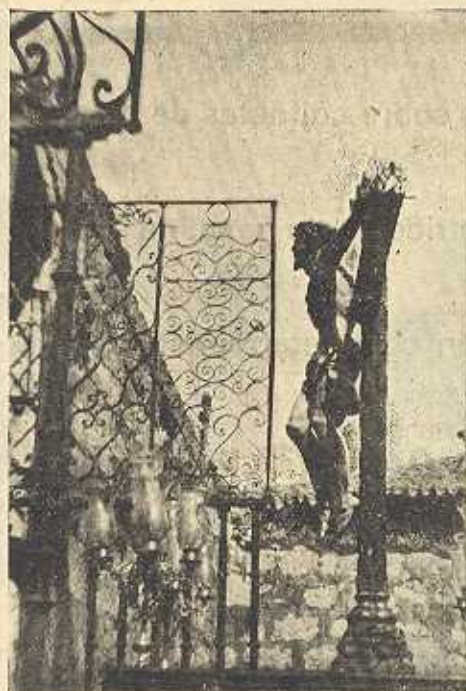
La Milagrosa

Munguía Arribas y Compañía



Fabricación mecánica de ladrillos

MEDINA DE RIOSECO



*Procesión de la mañana del Viernes Santo.
Santo Cristo de la Pasión.*

Placidio Martín

GRAN CAMISERIA



CONFECCIONES



GENEROS DE PUNTO



Lázaro Alonso, 17

Medina de Rioseco

ANIS LAS CADENAS

De finísimo paladar

Hijos de Pablo Esparza

Bodegas Navarras, S. A.

**VILLAVA
(Navarra)**



REPRESENTANTE:

Marcelino Novo Cuadrillero

Agente Comercial Colegiado

MEDINA DE RIOSECO



*Procesión de la mañana del Viernes Santo.
Santo Cristo de la Pasión.*

Fábrica de Mosaicos y Yeso

Santiago Martinez

Ferretería - Maquinaria
Agrícola - Maderas - Ma-
teriales de Construcción
Abonos - Material Sanitario

Calvo Sotelo, 24

Teléfono 109

Medina de Rioseco



VALLADOLID
RIOSECO
VILLALON
MAYORGA

Miguel Iscar, 15
Lázaro Alonso, 35
Calvo Sotelo, 24
General Franco, 51

COLEGIO DE ENSEÑANZA MEDIA

SAN BUENAVENTURA

Legalmente reconocido. Fundado en 1864

Bachillerato

Carreras especiales

Cultura general

Director: Francisco Blanco Hernández

Licenciado en Filosofía y Letras

MEDINA DE RIOSECO

GUZMAN

Pastreria fina

Lázaro Alonso, 31
MEDINA DE RIOSECO



Lucursales:

MAYORGA: General Franco, 51
VILLALON: Calvo Sotelo, 24
VILLADA: Casa Ortiz



Santa Cruz. Santo Cristo de la Paz.

PEDRO *Hernández Mateo*

S. A.

Líneas de Viajeros
Omnibus Excursiones



López Gómez, 20

Teléfono 3668

Valladolid

Medina de Río seco

PAÑERIAS

NOVEDADES

TEJIDOS

CONFECCIONES



F. FUENTES CARNICER

L. Alonso, 7

Teléfono 39

MEDINA DE RIOSECO



Detalle de la Dolorosa, de Juan de Juni.

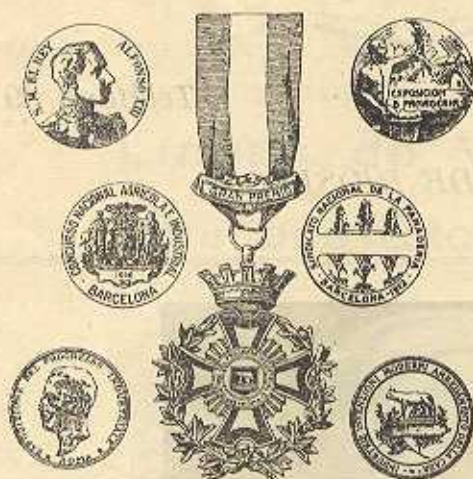
MERCERIA-CALZADOS

ISACIO LLAMAS PASTOR

Lázaro Alonso, 14-16

Teléfono 99

MEDINA DE RIOSECO



"LA ESPIGA"

PANADERIA DIPLOMADA
MEDALLA DE ORO

Viuda de
Abdullo López

Grandes premios en España,
Italia y Francia

▼
Especialidad en Ensaimadas,
Rosquillas, Margaritas, Bollos
Suizos, Vienas, Mascotas y Pan

Lázaro Alonso, 50

Teléfono 52

MEDINA DE RIOSECO

GRANDES ALMACENES DE CARBONES
FABRICA DE OVOIDES

ANGEL ALONSO

Calvo Sotelo, 42

MEDINA DE RIOSECO

Teléfono 118

PARA SER EXACTO

RELOJES **EXACTUS**

MONTRES

EXACTUS

S.A.
NEUCHÂTEL (SUISSE)

Jesús Rodríguez

ℓ
DROGUERIA Y PERFUMERIA
ARTICULOS DE PLASTICO

δ
Lázaro Alonso, 11
Medina de Río seco



Procesión de la tarde del Viernes Santo.
La Crucifixión.

~~~~~



R E S T A U R A N T E

A S T U R  
V A S C O

*Eugenio Duque*

SERVICIO A LA CARTA Y CUBIERTO



**Atrio de Santiago, 11**

**Telf. 1930**

**VALLADOLID**





**Loja pura  
concentrada**

**Fabricante:**

**M.<sup>a</sup> Nieves Concellón  
Asensio**

**Calle Ancha, 1  
MEDINA DE RIOSECO**

**Para la sed... cerveza, y para buena cerveza...**

**EL LEON**

**Beba gaseosa Sanitex:  
refresca y tonifica.**

**Elaborado por M.<sup>a</sup> Nieves Concellón Asensio.**



*Almacén de*  
*Tejidos y Pañería*

SOBRINOS DE

R. MARTIN

S. A.

Duque de la Victoria, 24

Miguel Iscar, 16 y 18

Telefonos 2202 y 2201

Apartado de Correos, 14

VALLADOLID





*Capilla de los Benavente.—Detalle de la Purísima Concepción, de Juan de Juni, 1554.*



*Chocolates*

**Cuadro Goya**

*exíjales siempre*

A LA TAZA  
ALMENDRADOS  
CON LECHE

**HIJOS DE GARCIA-ABRIL**

**S. R. C.**

**Almacén de Coloniales  
Gran Tostadero Mecánico de Cafés**

Nuestros cafés son importados de las mejores  
procedencias y torrefactados por los más mo-  
dernos procedimientos con aroma concentrado



**Regalado, 12**

**Apartado 160**

**Carretera Madrid, 24**



# LA FELICIDAD

FABRICA DE PAN

*Saturnino Martín*

HORNO DE ASADOS

Especialidad en dulces, elaborados por especialistas  
reposteros con las máximas garantías de higiene



**Servicio de repostería y asados solo para clientes**



**FABRICA Y DESPACHO CENTRAL:**

**García, 12 - Telf. 84**

**Medina de Río seco**

**SUCURSALES:**

**TORDEHUMOS - MORALES - VILLAESPER**



MARCELO

*Sastre*

VALLADOLID



*Bar Lolo*

Nueva instalación

*Mariscos del día*

*Tapas calientes*

*Excelentes meriendas*

Plaza del Generalísimo

Teléfono 131

MEDINA DE RIOSECO

ISIDORO CUESTA

CARNICERIA Y SALCHICHERIA

Especialidad en Ternera

Lázaro Alonso, 68

Medina de Rioseco





*La Virgen de los Pobres.—Templo de Santa Cruz.*



**Talleres gráficos**

**"HOSTENCH"**

CASA CENTRAL:

Córcega, 231-233 - Teléfonos 272071-271427  
BARCELONA

SUCURSAL:

San Pedro, 36 - Teléfono 1223  
TARRASA



Artículos para Propaganda y Reclamo  
Fotografía - Relieves  
Trabajos especiales  
Reproducciones de Arte



Representante en Medina de Ríoseco

**Fernando del Olmo González**

San Buenaventura, 17



*¡Económico y práctico!*  
*TRABAJA PARA Vd...*



# MISTOL

Para todas las limpiezas caseras

ELABORADO POR: LEJIAS "PEPIN"  
VALLADOLID





*Las mejores colecciones en  
tejidos de novedad*

**SÓTANOS**

*Secciones especiales de  
tapicerías y alfombras*

**La Esfera**

Santiago y General Mola, 1

Teléfono 2126

VALLADOLID





*Emilio Morán*

Talleres de Fundición  
Construcciones Mecánicas  
Maquinaria Agrícola  
Material de Obras Públicas

**MEDINA DE RIOSECO**



